

El campo de la investigación cualitativa

Manual de investigación cualitativa. Vol. I

Norman K. Denzin
e
Yvonna S. Lincoln
(comps.)

gedisa
editoria

1

Introducción general La investigación cualitativa como disciplina y como práctica

Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln

En un texto sobre la investigación científica y la investigación cualitativa, en el que privilegia la perspectiva estratégica del colonizado, Linda Tuhiwai Smith (1999), afirma que «el término “investigación” está inextricablemente asociado al colonialismo y al imperialismo europeos». Según dice, «la misma palabra es una de las más sucias en el vocabulario del mundo indígena [...], una palabra involucrada en los peores excesos del colonialismo» y los modos en los que «el conocimiento sobre los pueblos indígenas ha sido recolectado, clasificado y luego representado frente a Occidente» (pág. 1). Esta sucia palabra nos despierta sentimientos confusos de furia, silencio y desconfianza. «Es tan fuerte que los indígenas incluso escriben poesía sobre el tema de la investigación» (pág. 1). Sin duda, se trata de uno de los legados más sórdidos del colonialismo.

Lamentablemente, la investigación cualitativa, en casi todas sus formas (observación, participación, entrevistas, etnografía), funciona como una metáfora del conocimiento, el poder y la verdad coloniales. Así funcionan las metáforas. La investigación, ya sea cualitativa o cuantitativa, es una actividad científica que provee los fundamentos para los informes y las representaciones del «Otro». En el contexto colonial, la investigación se convierte en un modo objetivo para representar al Otro de piel negra frente al mundo blanco.

Las naciones colonizadoras dependían de las humanidades, especialmente de la sociología y la antropología, en lo relativo a la producción de conocimiento sobre los mundos extraños y extranjeros. Este involucramiento cercano con el proyecto colonial contribuyó de un modo significativo a la larga y tormentosa historia de la investigación cualitativa, y a que «investigación» se convirtiera en una palabra sucia (para una adecuada reseña del tema, véanse Foley y Valenzuela, Capítulo 9, y Tedlock, Capítulo 18, de este *Manual*). En sociología, el trabajo de la escuela de Chicago en la década de 1920 y de 1930 del siglo pasado estableció la importancia de la investigación cualitativa para el estudio de la vida de los grupos humanos. En antropología, durante el mismo período, los estudios de Boas, Mead, Benedict, Bateson, Evans-Pritchard, Radcliffe-Brown y Malinowski, que definieron el marco de la disciplina, dieron forma a las líneas principales del método de trabajo de campo (véanse Gupta y Ferguson, 1997; Stocking, 1986, 1989).

La agenda era muy clara: el observador llegaba a un escenario extranjero con el fin de estudiar la cultura, las costumbres y los hábitos de otro grupo humano (a menudo, un grupo que se ponía en el camino de los colonizadores blancos). Los informes etnográficos sobre estos grupos eran incorporados al cúmulo de estrategias colonizadoras y se revelaban, así, como modos de controlar al Otro extranjero, desviado o perturbador. Pronto, la investigación cualitativa fue empleada en otras disciplinas científicas sociales y de la conducta, incluyendo la educación (particularmente a partir de Dewey), la historia, las ciencias políticas y de la empresa, la medicina y la enfermería, el trabajo social y las comunicaciones (para una crítica de esta tradición, véanse Smith, 1999; Vidich y Lyman, 2000; Rosaldo, 1989, págs. 25-45; y Tedlock, Capítulo 18 de este *Manual*).

Hacia 1960 ya se perfilaba nítidamente el campo de batalla entre la investigación cualitativa y cuantitativa. Los académicos cuantitativos relegaron la investigación cualitativa a un *status* subordinado en el quehacer científico y, en respuesta, los investigadores cualitativos ensalzaron las virtudes humanísticas de su enfoque subjetivo e interpretativo del estudio de la vida de los grupos humanos. Al mismo tiempo, los pueblos indígenas se encontraron sometidos a las indignidades de ambos enfoques, ya que ambas metodologías eran utilizadas en nombre de los poderes colonizadores (véanse Battiste, 2000; Semali y Kincheloe, 1999).

Vidich y Lyman (1994, 2000) graficaron muchas de las características cruciales de esta dolorosa historia. En su célebre análisis observan, con cierta ironía, que la investigación cualitativa en sociología y antropología «nació precisamente del deseo de entender al «otro»» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 38). Más aún, ese «otro» era el Otro exó-

tico, un individuo primitivo, no blanco, de una cultura extranjera, considerada menos civilizada que la nuestra. Por supuesto, hubo colonias mucho antes de que hubiera antropólogos y etnógrafos. Así y todo, no habría historia colonial, ni neocolonial, si no fuera por la mentalidad investigativa que convirtió al Otro de piel negra en objeto de la mirada etnográfica. Desde el mismo comienzo, la investigación cualitativa estuvo implicada en un proyecto racista.¹

En este capítulo introductorio, definiremos el campo de la investigación cualitativa, luego navegaremos, graficaremos y reseñaremos su historia en las disciplinas humanas. Esto nos permitirá situar nuestro libro y sus contenidos en el marco de determinados momentos históricos. (En alguna medida, estos momentos históricos son artificiales, contruidos socialmente, cuasihistóricos y convencionales. Sin embargo, permiten un despliegue de ideas en desarrollo. Y también facilitan una creciente sensibilidad y sofisticación frente a los precipicios y las promesas de la etnografía y la investigación cualitativa.) También presentaremos un marco conceptual para leer el acto de la investigación cualitativa como un proceso multicultural y con orientación de género, a modo de introducción para los volúmenes y capítulos que siguen. Volviendo a las observaciones de Vidich y Lyman, así como a las de hooks, concluiremos con una breve discusión sobre investigación cualitativa y sobre la teoría crítica de lo racial (véase también Ladson-Billings y Donnor, Capítulo 11 de este *Manual*). También expondremos las amenazas que enfrenta la investigación cualitativa de sujetos humanos de parte del conservadurismo metodológico que mencionamos en el Prefacio. Como dijimos allí, utilizamos la metáfora del puente para dar estructura al libro. Nuestro trabajo apunta a ser un puente capaz de conectar los momentos históricos, la política, el proyecto descolonizador, los métodos de investigación y los paradigmas de las comunidades de académicos interpretativos.

¹ Recordemos la lectura hecha por bell hooks (1990, pág. 127) de la famosa foto de Steven Tyler haciendo trabajo de campo en la India aparecida en la portada de *Writing Culture* (Clifford y Marcus, 1986). En esta imagen se ve a Tyler sentado a cierta distancia de tres personas de piel negra. Una de ellas, un niño, asoma la cabeza desde un canasto. Una mujer aparece oculta bajo las sombras de un sombrero, y un hombre, con un chal blanco y negro a cuadros sobre los hombros, con los codos sobre las rodillas, y las manos al costado de la cara, mira fijamente a Tyler, quien escribe en un diario de campo. Un trozo de tela blanca cuelga de sus lentes, quizás para protegerlo del sol. Esta mancha de blanco señala a Tyler como el escritor masculino blanco estudiando a la pasiva gente de color. Sin embargo, la mirada del hombre del chal a cuadros indica un deseo o una atracción, al menos, por Tyler. En cambio, la mirada de la mujer está completamente oculta en las sombras y tapada por las palabras del título, impresas sobre su rostro.

Cuestiones de definición

Por propio derecho, la investigación cualitativa constituye un campo de investigación que entrecruza disciplinas, áreas y objetos de estudio.² Una compleja e interconectada familia de términos, conceptos y presupuestos rodean el concepto de *investigación cualitativa*. Éstos incluyen tradiciones asociadas con el fundacionalismo, el positivismo, el posfundacionalismo, el pospositivismo, el posestructuralismo y muchas perspectivas de investigación cualitativa o métodos vinculados con estudios culturales e interpretativos (los capítulos correspondientes al Volumen II discuten esos paradigmas).³ Existen bibliografías exhaustivas e independientes unas de otras, de los muchos métodos y enfoques que caen en la categoría de investigación cualitativa, tales como el estudio de casos, la política y la ética, la investigación participativa, los métodos de entrevista, la observación participante, los métodos visuales y el análisis interpretativo.

En América del Norte, la investigación cualitativa opera en un campo histórico complejo que intercala, al menos, ocho momentos históricos, que comentaremos detalladamente a continuación. Estos momentos se superponen y operan simultáneamente en el presente.⁴ Los definimos como los períodos *tradicional* (1900-1950); *modernista*, o edad dorada (1950-1970); el *desdibujamiento de los géneros* (1970-

² La investigación cualitativa tiene diversas historias, distintas y peculiares, en campos como la educación, el trabajo social, las ciencias de la comunicación, la psicología, la historia, los estudios organizacionales, las ciencias médicas, la antropología y la sociología.

³ Algunas definiciones son necesarias en este punto. El *positivismo* sostiene que los informes objetivos del mundo real son posibles; el *pospositivismo*, por su parte, afirma que lo son sólo parcialmente, pues todos los métodos orientados a examinar esos informes son, en alguna medida, defectuosos. De acuerdo con el *fundacionalismo*, podemos encontrar una fundamentación última para nuestras pretensiones de conocimiento del mundo, y esta fundamentación implica el uso de epistemologías empiristas y positivistas (Schwandt, 1997a, pág. 103). El *no-fundacionalismo*, por su parte, sostiene que podemos construir enunciados válidos sobre el mundo «sin recurrir a pruebas o fundamentos últimos para tales conocimientos» (Schwandt, 1997a, pág. 102). El *cuasifundacionalismo* afirma que podemos construir conocimiento sobre el mundo basado en criterios neorrealistas, incluyendo el concepto de la verdad como correspondencia; existe una realidad independiente, por ende, susceptible de ser mapeada (véase Smith y Hodgkinson, Capítulo 36 de este *Manual*).

⁴ Jameson (1991, págs. 3-4) nos recuerda que toda hipótesis de periodización es sospechosa, incluso una hipótesis que rechaza los modelos lineales. Nunca es claro a qué realidad se refieren dichas etapas, y siempre puede discutirse sobre qué es lo que las separa unas de otras. Nuestros ocho momentos apuntan a cambios discernibles en el estilo, el género, la epistemología, la ética, la política y la estética de la investigación.

1986); la *crisis de la representación* (1986-1990); el *posmodernismo*, un período de nuevas etnografías experimentales (1990-1995); la *investigación posexperimental* (1995-2000); el *presente de las luchas metodológicas* (2000-2004) y el *futuro fracturado*, que es el actual (2005-). El futuro, el octavo momento, desafía la regresión metodológica asociada con el movimiento social basado en la evidencia y se preocupa por el discurso moral y el desarrollo de textualidades científicas sagradas. Este momento exige que las ciencias sociales y las humanidades se conviertan en espacios para la conversación crítica sobre temas como la democracia, la raza, el género, la clase, el Estado-nación, la globalización, la libertad y la comunidad.⁵

Los momentos posmoderno y posexperimental se definieron, en parte, por una preocupación por los tropos literarios y retóricos, el giro narrativo, las narraciones, y la formulación de nuevos modos de la etnografía (Bochner y Ellis, 2002; Ellis, 2004; Goodball, 2000; Pelias, 2004; Richardson y Lockridge, 2004; Trujillo, 2004). Laurel Richardson afirma que este período se caracterizó por una nueva sensibilidad, así como por la duda y el rechazo a cualquier intento de privilegiar un método o teoría dados (pág. 173). Hoy en día, en el comienzo de este nuevo siglo, nos esforzamos por conectar la investigación cualitativa con las esperanzas, las necesidades, los objetivos y las promesas de una sociedad democrática y libre.

Estos ocho momentos son atravesados por olas sucesivas de teorización epistemológica. El período tradicional se asocia con el paradigma positivista y el fundacional. El modernismo o edad dorada y el desdibujamiento de los géneros, a su vez, están conectados con la aparición del pospositivismo. Al mismo tiempo, una gran variedad de nuevas perspectivas interpretativas y cualitativas tomaron vuelo, incluyendo la hermenéutica, el estructuralismo, la semiótica, la fenomenología, los estudios culturales y el feminismo.⁶ En la fase del desdibujamiento de los

⁵ Muchos académicos caracterizaron este modelo como *narrativa del progreso* (Alasuutari, 2004, págs. 599-600; Scale y otros, 2004, pág. 2). Según señalaron algunos críticos, nosotros creemos que el momento más reciente es el más actualizado, vanguardista y al filo de la moda (Alasuutari, 2004, págs. 601). Naturalmente, diferimos de esta lectura. Teddlie y Tashakkori (2003, págs. 5-8) modificaron nuestra periodización para aducirle a su análisis histórico de los momentos principales en el surgimiento del uso de métodos mixtos en la investigación en ciencias sociales a lo largo del siglo pasado.

⁶ Algunas definiciones adicionales son necesarias en este punto. El *estructuralismo* sostiene que todo sistema se constituye de grupos de categorías opuestas inscritas en el lenguaje. La *semiótica* es la ciencia de los signos o los sistemas de signos (en definitiva, se trata de un proyecto estructuralista). De acuerdo con el *posestructuralismo*, el lenguaje es un sistema inestable de referentes, por lo cual es imposible dar con el significado completo de cualquier acción, texto o intención. El *posmodernismo*,

géneros, las humanidades se convirtieron en un recurso central para la teoría interpretativa crítica, y las líneas generales del proyecto de la investigación cualitativa comenzaron a gestarse. De este modo, el investigador se convirtió en un *bricoleur* (véase abajo) que aprendía a tomar recursos de muchas disciplinas diferentes.

La etapa del desdibujamiento de los géneros incubó la siguiente fase, que denominamos la crisis de la representación. En este punto, los investigadores se esforzaron por ubicarse a sí mismos junto a sus objetos en textos autorreflexivos. Al mismo tiempo, tuvo lugar una suerte de diáspora metodológica, un éxodo en dos direcciones. Los humanistas migraron a las ciencias sociales, en búsqueda de nuevas teorías y formas de estudiar la cultura popular y sus contextos locales, etnográficos. Por su parte, los científicos sociales se volvieron hacia las humanidades con la esperanza de aprender a realizar lecturas estructuralistas y posestructuralistas complejas de los textos sociales. Desde las humanidades, los científicos sociales también aprendieron a producir textos que no podían leerse con términos simplistas, lineales e incontrovertidos. La línea entre texto y contexto se difuminó. En el momento posmoderno experimental, los investigadores continuaron alejándose de criterios fundamentales o cuasifundamentales (véanse, de este *Manual*, Smith y Hodkinson, Capítulo 36; Richardson y St. Pierre, Capítulo 38). Se buscaron criterios de evaluación alternativos, que probaran formas de comprensión evocativas, morales, críticas y arraigadas en contextos locales.

Toda definición de la investigación cualitativa debe operar dentro de este complejo campo histórico, pues *investigación cualitativa* significa diferentes cosas en cada uno de esos momentos. Así y todo, puede ofrecerse una definición inicial y genérica: la investigación cualitativa es una actividad situada, que ubica al observador en el mundo. Consiste en una serie de prácticas materiales e interpretativas que hacen visible el mundo y lo transforman, lo convierten en una serie de representaciones que incluyen las notas de campo, las entrevistas, las conversaciones, las fotografías, las grabaciones y las notas para el investigador. En este nivel, la investigación cualitativa implica un enfoque

por su parte, es una sensibilidad contemporánea, que se desarrolló luego de la Segunda Guerra Mundial, y que se caracteriza por no privilegiar a ninguna autoridad, método o paradigma dados. La *hermenéutica*, por su parte, es una aproximación al análisis de los textos, que subraya el modo en que la comprensión previa y los prejuicios dan forma a los procesos interpretativos. La *fenomenología* es un complejo sistema de ideas asociado con las obras de Husserl, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty y Alfred Schutz. Los *estudios culturales* constituyen un campo de estudio complejo e interdisciplinario, en el que se mezclan la teoría crítica con el feminismo y el posestructuralismo.

interpretativo y naturalista del mundo, lo cual significa que los investigadores cualitativos estudian las cosas en sus escenarios naturales, tratando de entender o interpretar los fenómenos en función de los significados que las personas les dan.⁷

La investigación cualitativa implica el uso y la recolección de una variedad de materiales empíricos: el estudio de casos, las experiencias personales y de introspección, las historias de vida, las entrevistas, los artefactos, los textos y las producciones culturales y los textos observacionales, históricos, interactivos y visuales. Estos materiales describen los problemas rutinarios y significados en la vida de los individuos. Concordantemente, los investigadores cualitativos despliegan una amplia gama de prácticas interpretativas interconectadas con la esperanza de obtener un mejor conocimiento del objeto de estudio que tienen entre manos. Se entiende, sin embargo, que cada práctica hace visible el mundo a su manera. De ahí que, frecuentemente, se usen varias prácticas interpretativas en un mismo estudio.

El investigador cualitativo como *bricoleur* y *quilt maker**

Podría definirse al investigador cualitativo utilizando distintas imágenes con orientación de género: el científico, el naturalista, el trabajador de campo, el periodista, el crítico social, el artista, el actor, el músico de *jazz*, el director cinematográfico, el *quilt maker*, el ensayista. Las muchas prácticas metodológicas de la investigación cualitativa pueden verse como ciencia blanda, periodismo, etnografía, *bricolage*, *quilt making* y montaje. El investigador, a su vez, puede ser visto como *bricoleur*, como *quilt maker*, o, como la persona que, en el cine, une las imágenes en el montaje. (Sobre el montaje, véanse Cook, 1981, págs. 171-177; Monaco, 1981, págs. 322-328; y la discusión que sigue. Sobre el bordado, véanse hooks, 1990, págs. 115-122; Wolcott, 1995, págs. 31-33.)

⁷ Por supuesto, todos los escenarios son naturales, en el sentido de que son contextos en los cuales tienen lugar experiencias de la vida cotidiana. Los investigadores cualitativos estudian a la gente haciendo cosas juntos en los entornos en los que se hacen esas cosas (Becker, 1986). Pero no existe un lugar de campo o un contexto natural al que uno pueda ir a hacer esta clase de trabajo (véase también Gupta y Ferguson, 1997, pág. 8). Este lugar, más bien, se construye a través de las prácticas interpretativas del investigador. Históricamente, los analistas distinguieron entre entornos de investigación experimentales (de laboratorio) y de campo (naturales). De ahí la idea de que la investigación cualitativa es naturalista. La teoría de la actividad cuestiona esta distinción (véanse Keller y Keller, 1996, pág. 20; Vygotsky, 1978).

* *Quilt maker*: persona que hace colchas. El trabajo sería parecido al *patchwork*, labor con retazos o retales. [T.]

Harper (1987, págs. 9, 74-75, 92), de Certeau (1984, pág. xv), Nelson, Treichler y Grossberg (1992, pág. 2), Lévi-Strauss (1966, pág. 17), Weinstein y Weinstein (1991, pág. 161), y Kincheloe (2001) clarifican los significados del *bricolage* y el *bricoleur*.⁸ Un *bricoleur* trabaja «adaptando los retazos del mundo. *Bricolage* es sinónimo de “hacer poético” (de Certeau, 1984, pág. xv) con «estas piezas: los retazos de tela, los restos de la comida» (Harper, 1987, pág. 74). El *bricoleur* es alguien capaz de realizar cualquier oficio, una suerte de practicante del “hazlo tú mismo” profesional» (Lévi-Strauss, 1966, pág. 17). Los *bricoleurs* se definen y manifiestan por su trabajo (Harper, 1987, pág. 75). Ciertamente, la historia de vida o biografía del *bricoleur* también «puede ser considerada un *bricolage*» (Harper, 1987, pág. 92).

Hay muchas clases de *bricoleurs*: interpretativos, narrativos, teóricos, políticos y metodológicos (véase más abajo). El *bricolage* generado por el *bricoleur* interpretativo puede definirse como una serie de representaciones compuesta de partes, adecuada a la especificidad de una situación compleja. «La solución (el *bricolage*), el resultado del método del *bricoleur*, es una construcción» emergente (Weinstein y Weinstein, 1991, pág. 161) que cambia y toma nuevas formas a medida que el *bricoleur* incorpora diferentes herramientas, métodos y técnicas para representar e interpretar el problema. Nelson y otros (1992) describen la metodología de los estudios culturales como «un *bricolage*, una elección práctica, es decir, pragmática, estratégica y autorreflexiva» (pág. 2). Esta misma definición puede aplicarse, con ciertas salvedades, a la investigación cualitativa.

Como *bricoleur* o *quilt maker*, el investigador cualitativo utiliza las herramientas estéticas y materiales de su oficio, y es capaz de desplegar estrategias de toda clase, métodos y materiales empíricos que se encuentren disponibles (Becker, 1998, pág. 2). El investigador inventará o rearmará nuevas herramientas o técnicas a medida que lo necesite, dado que la elección de las prácticas interpretativas a implementar no necesariamente se hace de antemano. Como notan Nelson

⁸ De acuerdo con Weinstein y Weinstein (1991), «el significado del *bricoleur* en el lenguaje popular francés es el de alguien que “trabaja con sus manos y utiliza medios poco canónicos comparados con los de los artesanos”... El *bricoleur* es pragmático, y sólo se ocupa de que, al final de todo, el trabajo esté hecho» (pág. 161). Estos autores ofrecen una historia del término, que lo conecta con las obras del sociólogo y teórico social alemán Georg Simmel y, por extensión, de Baudelaire. Hammersley (1999) cuestiona nuestro uso del término. Siguiendo a Lévi-Strauss, concibe al *bricoleur* como un hacedor de mitos, y sugiere que el término debería ser reemplazado por «constructor de barcos». Hammersley también impugna nuestro modelo de la historia de la investigación cualitativa basado en momentos, observando que este modelo sugiere alguna clase de sentido del progreso.

y otros (1992), «la elección de las prácticas de investigación depende de los problemas que se hayan formulado, y estos problemas, a su vez, dependen de sus contextos» (pág. 2), es decir, de lo que está disponible en un determinado contexto y de lo que un investigador puede hacer en ese escenario.

Estas prácticas interpretativas implican cuestiones de estética: una estética de la representación que va más allá de lo pragmático o lo práctico. En este punto es útil el concepto de *montaje* (véanse Cook, 1981, pág. 323; Monaco, 1981, págs. 171-172), un método de edición de imágenes en movimiento. En la historia de la cinematografía, el concepto se asocia fuertemente con la figura de Sergei Eisenstein, en especial con su film *El acorazado Potemkin* (1925). En el montaje, se superponen o yuxtaponen muchas imágenes diferentes para crear una imagen. En cierto sentido, el montaje es similar a la técnica del *pentimento*, que consiste en hacer visible un fragmento de una imagen sobre la cual se pintó otra cosa (imagen de la cual el pintor «se arrepintió» o rechazó), creando así algo nuevo. Lo nuevo es lo que se había oscurecido con una imagen anterior.

El montaje y el *pentimento*, como el *jazz*, que se basa en la improvisación, generan la sensación de que las imágenes, los sonidos y los sentidos se asocian, se mezclan, se superponen, formando compuestos y nuevas creaciones. Las imágenes se influyen unas a otras, produciendo un efecto emocional giestáltico. En el montaje cinematográfico, a menudo se combinan en una secuencia muy rápida, que produce una vertiginosa sucesión visual alrededor de un tema o hecho central. A menudo, los directores emplean este recurso para referir el paso del tiempo.

Quizás el más famoso ejemplo de montaje cinematográfico sea la secuencia de las escaleras de Odesa en el citado film de Eisenstein. En el clímax de la acción, las tropas zaristas masacran a los ciudadanos de Odesa en los escalones de piedra que conducen al puerto. Eisenstein pasa al plano de una joven madre sobre la explanada, que mete a su bebé en el carrito, indefensa frente al fuego de los soldados.⁹ Los ciudadanos huyen, abandonándola y sacudiendo el carrito, que comienza a desplazarse y llega angustiosamente al pie de una pronunciada escalera. Las tropas, que se encuentran arriba, disparan sobre los ciudadanos indefensos. La madre está atrapada entre los escalones y el fuego de la infantería. Grita. Una línea de rifles apunta al cielo, el martilleo de las armas explota en una humareda. La cabeza de la madre se inclina hacia atrás. Las ruedas del carrito se balancean al pie de los escalones. Las manos de la madre tratan de asir la hebilla plateada

⁹ Brian de Palma reproduce esta escena en su film *Los intocables*, de 1987.

de su cinturón. Abajo, la gente cae, herida por el tiroteo. Mana sangre de los guantes blancos de la madre. La mano del bebé asoma desde el carrito. La madre se tambalea a un lado y otro. Las tropas avanzan. Por último, la madre cae contra el carrito y lo empuja. Una mujer observa con horror cómo las ruedas de atrás del carrito caen del borde de la explanada. Con creciente velocidad, el carrito rebota contra los escalones, pasando por un tendal de cadáveres. El bebé es empujado de un lado a otro. Los soldados descargan sus armas sobre un grupo de ciudadanos heridos. Una estudiante grita a medida que el carrito salta sobre los escalones, se inclina, y finalmente se da vuelta (Cook, 1981, pág. 167).¹⁰

Como vemos en las escenas que acabamos de discutir, el montaje utiliza imágenes rápidas para crear y definir claramente la sensación de urgencia y complejidad. Invita a los espectadores a construir interpretaciones y encastrarlas entre sí a medida que avanza la acción. Estas lecturas se basan en asociaciones entre las imágenes que contrastan y se mezclan. La suposición que subyace al montaje es que los espectadores perciben e interpretan las tomas en «una secuencia de montaje no sucesiva sino simultánea» (Cook, 1981, pág. 172). A partir de estas imágenes, el espectador compone un todo emocional significativo que se le presenta de una sola vez.

El investigador cualitativo que utiliza el montaje es como un *quilt maker* o un músico de jazz. El *quilt maker* corta, edita y une partes de la realidad. Este proceso provee de unidad psicológica y emocional (es decir, de un patrón) a la experiencia interpretativa. Existen numerosos ejemplos de montaje en la investigación cualitativa actual (véanse Diversi, 1998; Holman Jones, 1999; Lather y Smithies, 1997; Ronai, 1998; véase también, en este *Manual*, Holman Jones, Capítulo 30). Utilizando numerosas voces, diferentes formatos textuales y múltiples tipos de letra, Lather y Smithies (1997) tejieron un texto complejo sobre SIDA y mujeres con VIH positivo. Holman Jones (1999) creó un texto performático utilizando las letras de las canciones de blues que cantaba Billie Holiday.

¹⁰ En el puerto, las bocas de los dos cañones enormes del Potemkin se deslizan suavemente en dirección de la cámara. Una leyenda nos habla de «el brutal poder militar que exhiben las armas del barco». Una legendaria secuencia final de tres tomas muestra, en primer lugar, la estatua de un león dormido, luego un león en el momento de despertar del sueño, y por último un león que ruga, símbolo del pueblo ruso (Cook, 1981, pág. 167). En esta secuencia, Eisenstein utiliza el montaje para expandir el tiempo, lo que le otorga una duración psicológica a esta terrible escena. Al prolongar la secuencia, mostrando al bebé en el carrito, los disparos de los soldados, un guante manchado de sangre de la madre, el carrito al borde de la escalera, el director sugiere un nivel de destrucción de gran magnitud.

En los textos basados en las metáforas del montaje, el *patchwork* y la improvisación jazzística, hay muchos elementos operando al mismo tiempo: diferentes voces, perspectivas, puntos de vista y ángulos de visión. Al igual que los textos performativos autoetnográficos, los trabajos que utilizan el montaje crean su significado moral y al mismo tiempo lo representan. Van de lo personal a lo político, de lo local a lo histórico-cultural. Se trata de textos dialógicos, que exigen un público activo y generan espacios de intercambio entre el escritor y el lector. De este modo, hacen mucho más que situar al Otro bajo la mirada de las ciencias sociales (véanse, de este *Manual*, Alexander, Capítulo 16; Holman Jones, Capítulo 30).

El foco de la investigación cualitativa es, inherentemente, multimetodológico (Flick, 2002, págs. 226-227). De cualquier modo, el uso de múltiples métodos, o la triangulación, refleja un intento por asegurar una comprensión en profundidad del fenómeno en cuestión. La realidad objetiva es inabsluta; conocemos una cosa sólo mediante sus representaciones. La triangulación, de este modo, no es una estrategia o una herramienta de validación, sino una alternativa de validación (Flick, 2002, pág. 227). La combinación de múltiples prácticas metodológicas, materiales empíricos, perspectivas y observadores en un único estudio se entiende mejor, entonces, como una estrategia que potencia el rigor, la amplitud, la complejidad, la riqueza y la profundidad de una investigación dada (Flick, 2002, pág. 229).

En el Capítulo 38 de este *Manual*, Richardson y St. Pierre discuten la utilidad del concepto de triangulación, asegurando que la figura central de la investigación cualitativa debería ser el cristal y no el triángulo. Los textos genéricamente híbridos, propios de la fase posexperimental, tienen, en verdad, más de tres lados. Como los cristales y el montaje de Eisenstein, el solo de jazz o las piezas de un *patchwork*, estos textos «combinan simetría y sustancia con una infinita variedad de formas, sustancias y transmutaciones... Los cristales crecen, cambian, se modifican... Son prismas que reflejan externalidades y las refractan en su propio interior, creando diferentes colores, patrones y escalas, arrojándolos en diferentes direcciones» (Richardson, 2000, pág. 934).

En el proceso de cristalización, el escritor narra varias veces el mismo relato, desde diferentes puntos de vista. Por ejemplo, en *Thrice-Told Tale* (1992), Margery Wolf utiliza la ficción, sus notas de campo y un artículo científico para dar tres diferentes perspectivas de la misma serie de experiencias en una aldea de nativos. Similarmente, en su obra *Fires in the Mirror* (1993), Anna Deavere Smith presenta una serie de piezas performativas basadas en entrevistas con personas que habían estado involucradas en un conflicto racial que tuvo lugar en Crown Heights, Brooklyn, el 19 de agosto de 1991. La obra tiene numerosas partes de diálogo, incluyendo conversaciones con miembros de pandillas, oficiales

de policía, muchachos y muchachas anónimos. No hay, pues, un relato «correcto» del hecho. Cada narración, como la luz al golpear un cristal, refleja una perspectiva distinta sobre este incidente.

Mirada como una forma cristalina, como un montaje o como una *performance* creativa sobre un tema central, la triangulación puede tomarse como una forma de validez o bien como una alternativa de ella. El método de triangulación implica la proyección simultánea de realidades múltiples y refractarias. Cada una de las metáforas «trabaja» generando una simultaneidad, en lugar de una secuencia o una narración lineal. Los lectores y el público en general son invitados a explorar las dimensiones paralelas de un contexto, a sumergirse en nuevas realidades que deben ser comprendidas, y a fundirse con ellas.

Este *bricoleur* metodológico tiende a realizar un gran número de tareas diferentes, desde entrevistas hasta procesos de autorreflexión e introspección intensivas. El *bricoleur* teórico lee y maneja comprensivamente los muchos paradigmas de interpretación (feminismo, marxismo, estudios culturales, constructivismo, teoría *queer*, etcétera) que pueden aplicarse a un problema particular. Eso no significa, para él, que estos paradigmas puedan integrarse o sintetizarse. Es decir, uno no puede alternar fácilmente entre paradigmas que implican sistemas filosóficos globales, cada uno con sus propias ontologías, epistemologías y metodologías. Estos paradigmas representan, además, sistemas de creencias que nuclea a quienes los emplean en torno de determinadas visiones del mundo. En contraste, las perspectivas son sistemas menos desarrollados, entre los cuales uno puede moverse fácilmente. El investigador como *bricoleur* teórico trabaja entre (y dentro de) perspectivas y paradigmas que compiten entre sí y se superponen unos a otros.

El *bricoleur* interpretativo concibe la investigación como un proceso interactivo, conformado tanto por su historia personal, por su raza, género y clase social como por historias de las personas en el contexto de investigación. El *bricoleur* crítico hace hincapié en la naturaleza dialéctica y hermenéutica de la investigación interdisciplinaria, sabiendo que las fronteras que antaño separaban a las disciplinas tradicionales ya no tienen vigencia (Kincheloe, 2001, pág. 683). El *bricoleur* político sabe que la ciencia es poder, dado que todos los descubrimientos científicos tienen implicaciones políticas y no existe una ciencia libre de valores. El investigador persigue una ciencia social cívica, basada en una política de la esperanza (Lincoln, 1999). El *bricoleur* narrativo y con orientación de género también sabe que todos los investigadores crean relatos sobre los mundos que han estudiado. Por lo tanto, las narrativas, o relatos que los científicos producen son informes redactados en el marco de determinadas tradiciones narrativas, muchas veces definidas como paradigmas: el positivismo, el neopositivismo, el constructivismo, etcétera.

La investigación cualitativa como sitio para múltiples prácticas interpretativas

La investigación cualitativa, como escenario de actividades interpretativas, no privilegia una única práctica metodológica sobre otras. Como espacio de la discusión y el discurso, la investigación cualitativa es difícil de definir con claridad. No cuenta con una teoría o un paradigma que le sean distintivamente propios. Como revelan los textos del Volumen II, múltiples paradigmas teóricos se atribuyen el uso de los métodos y estrategias de la investigación cualitativa, desde el constructivismo a los estudios culturales, pasando por el marxismo, el feminismo y modelos de estudio étnicos. Así pues, la investigación cualitativa se utiliza en muchas disciplinas distintas y, tal como veremos, no pertenece a ninguna disciplina específica.

La investigación cualitativa no posee tampoco un repertorio distintivo de métodos o prácticas que le sean enteramente propios. Los investigadores cualitativos echan mano a numerosos recursos: la semiótica; el análisis de relatos, contenidos y discursos; el análisis fonológico y de archivos, e incluso las estadísticas, las tablas, los cuadros y los números. Reutilizan los enfoques, métodos y técnicas de la etnometodología, la fenomenología, la hermenéutica, el feminismo, la rizomática, el deconstruccionismo, la etnografía, las entrevistas, el psicoanálisis, los estudios culturales, las encuestas, la observación participante, entre otros.¹¹ Todas estas prácticas de investigación «pueden aportar conocimiento importante» (Nelson y otros, 1992, pág. 2) y ningún método, ninguna práctica puede privilegiarse por sobre los demás.

Muchos de estos métodos o prácticas de investigación se utilizan en otros contextos dentro de las humanidades, y cada uno lleva las marcas de su propia historia disciplinaria. Por lo cual, existe una profusa historia de los usos y los significados de la etnografía y la etnología en la educación (véanse, en este *Manual*, Ladson-Billings y Donnor, Capítulo 11; Kincheloe y McLaren, Capítulo 12); de la observación participante y la etnografía en la antropología (véanse Foley y Valenzuela, Capítulo 9; Tedlock, Capítulo 18; Brady, Capítulo 39), la sociología (vé-

¹¹ En este punto, es importante distinguir entre las técnicas utilizadas en numerosas disciplinas y los métodos usados en las disciplinas. Los etnometodologistas, por ejemplo, emplean su perspectiva como método, mientras que otros, selectivamente, la reducen al estatuto de una técnica para sus propias aplicaciones metodológicas. Harry Wolcott (comunicación personal, 1993) propone esta distinción. Igualmente importante es diferenciar entre tema, método y recurso. Los métodos pueden estudiarse como temas de investigación, y de este modo es como se efectúa el análisis de casos. En este sentido etnometodológico irónico, el método es a la vez un recurso y un tema de investigación.

anse Holstein y Gubrium, Capítulo 19; Fontana y Frey, Capítulo 27; Harper, Capítulo 29), las comunicaciones (véanse Alexander, Capítulo 16; Holman Jones, Capítulo 30), y los estudios culturales (véase Saukko, Capítulo 13); del análisis textual, hermenéutico, feminista, psicoanalítico, basado en el arte, semiótico y narrativo en el estudio de la literatura y el cine (véanse Olesen, Capítulo 10; Finley, Capítulo 26; Brady, Capítulo 39); y del análisis de la narrativa, el discurso y la conversación en la sociología, la medicina, las comunicaciones y la educación (véanse Miller y Crabtree, Capítulo 24; Chase, Capítulo 25; Perakyla, Capítulo 34).

Las múltiples historias que rodean cada método o estrategia de investigación revelan hasta qué punto cada práctica acarrea múltiples usos y significados. Los análisis textuales en los estudios literarios, por ejemplo, a menudo tratan el texto como un sistema autocontenido. En cambio, un investigador trabajando desde una perspectiva feminista o de estudios culturales lee el texto en términos de su inscripción en un momento histórico marcado por una ideología de clase, una raza o un género en particular. Un uso de la etnografía en los estudios culturales acarrea un conjunto de presupuestos procedentes del feminismo, el posmodernismo y el posestructuralismo. Estos presupuestos, a su vez, no son compartidos por los principales sociólogos pospositivistas. De forma semejante, los historiadores pospositivistas y posestructuralistas tienen diferentes concepciones y usan de diferentes modos los métodos y descubrimientos de la investigación historiográfica (véase Tierney, 2000). Estas tensiones y contradicciones son evidentes, todas ellas, en los textos incluidos en este *Manual*.

Estos usos y sentidos múltiples, e independientes entre sí, de los métodos de la investigación cualitativa hacen que sea difícil que los académicos estén de acuerdo con una única definición del campo, desde el momento en que este campo nunca es unidimensional.¹² Así y todo, a los fines de esta exposición necesitamos establecer una definición. Tomamos, parafraseándolo, el intento de Nelson y otros de definir los estudios culturales:

La investigación cualitativa constituye un campo interdisciplinario, transdisciplinario, y a veces contradisciplinario, que entrecruza las humanidades con las ciencias sociales y físicas. En este sentido, la investigación cualitativa es muchas cosas a la vez. Es multiparadigmática; quienes la practican son sensibles al valor del enfoque multimetodológico, pues están comprometidos con la perspectiva naturalista y con

¹² Ciertamente, cualquier intento de dar con una definición esencial de la investigación cualitativa requiere de un análisis cualitativo de las circunstancias que producen la correspondiente definición.

la comprensión interpretativa de la experiencia humana. Al mismo tiempo, este campo es inherentemente político, y está conformado por posiciones éticas y políticas múltiples.

La investigación cualitativa comprende dos tensiones que se desarrollan al mismo tiempo. Por un lado, está conectada con una sensibilidad interpretativa, posexperimental, posmoderna, feminista y crítica, en términos amplios. Por otro lado, carga con el legado de las concepciones más estrechas de la experiencia humana procedentes del positivismo, el neopositivismo, el humanismo y el naturalismo. Es más, estas tensiones pueden a veces combinarse y convivir en un mismo proyecto, que así incluye perspectivas de características a la vez posmodernas y naturalistas, o críticas y humanistas.

Esta definición más bien provocativa apunta a mostrar que la investigación cualitativa, como conjunto de prácticas, cubre en sus múltiples historias disciplinarias un conglomerado de tensiones y contradicciones respecto de su naturaleza en cuanto proyecto, sus métodos y la forma que toman sus descubrimientos e interpretaciones. El campo se extiende sobre todas las ciencias humanas e incluye, por momentos, el ámbito de las ciencias físicas. Sus practicantes suscriben, de diversos modos, a las sensibilidades moderna, posmoderna y posexperimental, y a los enfoques de la insatisfacción social que tales sensibilidades conllevan.

Resistencia a los estudios cualitativos

Las resistencias académicas y disciplinarias a la investigación cualitativa ilustran las políticas inscritas en este campo de discursos. Los desafíos que enfrenta la investigación cualitativa son muchos. Como observan Seale, Gobo, Gubrium y Silverman (2004), entenderemos mejor estos problemas si «distinguimos analíticamente entre el rol político (externo) de la metodología [cualitativa] y su rol procedimental (interno)» (pág. 7). La política sitúa la metodología dentro y fuera de la universidad. La cuestión de los procedimientos, por su parte, define el modo en que la investigación cualitativa es utilizada para generar conocimiento sobre el mundo.

Con frecuencia, lo político y lo procedimental se cruzan. Los políticos y los científicos «duros» a menudo llaman «periodistas» o «científicos blandos» a los investigadores cualitativos. El trabajo de los académicos cualitativos es calificado de «no científico», meramente exploratorio o subjetivo. Se lo define como crítica, más que como teoría o ciencia, o se lo interpreta políticamente como una versión disfrazada

de marxismo o humanismo secular (véase Huber, 1995; véase también Denzin, 1997, págs. 258-261).

Estas resistencias políticas y procedimentales nos hacen tomar conciencia del hecho de que las tradiciones interpretativas de la investigación cualitativa involucran al investigador en una crítica al proyecto positivista o neopositivista. Pero estas resistencias positivistas a la investigación cualitativa «van mucho más allá del deseo siempre vivo de mantener la distinción entre las ciencias duras y el academicismo blando» (Carey, 1989, pág. 99; véase también Smith y Hodgkinson, Capítulo 36 de este *Manual*). Las ciencias experimentales positivistas (la física, la química, la economía y la psicología, por ejemplo) a menudo son consideradas como los logros máximos de la civilización occidental, y quienes las practican suponen que la «verdad» puede trascender las opiniones y los prejuicios personales (Carey, 1989, pág. 99; Schwandt, 1997b, pág. 309). La investigación cualitativa es vista como un asalto a esta tradición, cuyos partidarios a menudo se refugian en un modelo de ciencia «objetivista y libre de valores» (Carey, 1989, pág. 104) para defender sus posiciones. Raramente tratan de explicitar, o criticar, «el compromiso moral y político en sus propias áreas de trabajo» (Carey, 1989, pág. 104; véase también Guba y Lincoln, Capítulo 8 de este *Manual*).

Los positivistas llegan a argüir que los llamados nuevos investigadores cualitativos experimentales escriben ficción en lugar de ciencia, y que no tienen modo de verificar sus juicios de verdad. Así, la poesía y la ficción etnográficas señalan la muerte de la ciencia empírica, y las críticas morales no conducen a ninguna parte. Estos críticos presumen la existencia de una realidad estable, inmutable, susceptible de estudio bajo los métodos empíricos de la ciencia social objetiva (véase Huber, 1995). Para ellos, el dominio de la investigación cualitativa es el mundo de la experiencia vivida, el espacio en el que la creencia individual y la acción se entrecruzan con la cultura. Con el modelo positivista no hay lugar para la preocupación por el discurso y el método como prácticas interpretativas materiales que conforman los procesos de representación y descripción. Los seguidores del positivismo, entonces, rechazan el giro textual y narrativo.

La oposición a las ciencias positivas de parte del posestructuralismo es vista, así, como un ataque a la razón y la verdad. Al mismo tiempo, el ataque a la investigación cualitativa de parte de las ciencias positivas es visto como un intento por darle valor de ley a una versión de la verdad por sobre otras.

La política y el resurgimiento del científicismo

El movimiento de la investigación de base científica incubado en años recientes por el Consejo Nacional de Investigación creó un ambiente políticamente hostil para la investigación cualitativa. En conexión con la ley educativa conocida como «Ningún Niño Dejado Atrás», de 2001, este movimiento encarna el resurgimiento del científicismo (Maxwell, 2004), una epistemología positivista fundada en el valor de la evidencia. El movimiento alienta a los investigadores a emplear «metodologías rigurosas, sistemáticas y objetivas en aras del conocimiento válido y confiable» (Ryan y Hood, 2004, pág. 80). La metodología de preferencia emplea modelos causales y variables independientes y dependientes bien definidas. Los investigadores examinan modelos causales de explicación en el contexto de experimentos controlados y aleatorios, lo que les permite replicar y generalizar sus resultados (Ryan y Hood, 2004, pág. 81).

En un marco así definido, la investigación cualitativa resulta sospechosa, pues no requiere variables bien definidas o modelos causales. Las observaciones y mediciones de los académicos cualitativos no están basadas en la asignación aleatoria de sujetos a grupos experimentales. Los investigadores cualitativos no generan «evidencia dura» utilizando estos métodos. A lo sumo, a partir del estudio de casos, de entrevistas y de metodología etnográfica, pueden recolectar material descriptivo que pueda, a su vez, ser verificado mediante métodos experimentales. Las epistemologías de las teorías críticas de lo racial, de las teorías *queer*, poscoloniales, feministas y posmodernas se vuelven inútiles bajo la perspectiva de la investigación de base científica, y quedan relegadas, en el mejor de los casos, a la categoría de erudición que no llega a ser ciencia (Ryan y Hood, 2004, pág. 81; St. Pierre, 2004, pág. 132).

Los críticos de la investigación de base científica tienen consenso en los siguientes puntos. La «ciencia estilo Bush» (Lather, 2004, pág. 19) y sus metodologías experimentales fundadas en la evidencia representan un retroceso conservador, racista y machista frente a la proliferación de los métodos de investigación cualitativa de las dos últimas décadas. Este movimiento respalda una visión estrecha de la ciencia (Maxwell, 2004) que celebra «un experimentalismo de tipo neoclásico, que constituye un salto atrás a la era de Campbell-Stanley y su adhesión dogmática a la confianza ciega en los métodos cuantitativos (Howe, 2004, pág. 42). El movimiento expresa «nostalgia por un universo científico ordenado y simple que nunca fue real (Popkewitz, 2004, pág. 62). Con su énfasis en que sólo existe una forma de rigor científico, la investigación de base científica ignora el valor de utilizar criterios históricos, contextuales y políticos complejos para evaluar las investigaciones (Bloch, 2004).

Como observa Howe (2004), el experimentalismo neoclásico ensalza la «investigación médica [basada en la evidencia] como modelo de investigación educativa, particularmente la metodología del ensayo clínico aleatorio» (pág. 48). Pero repartir una píldora en un ensayo clínico no es como «repartir un currículum», y los «efectos» de un experimento educacional no pueden medirse tan fácilmente «como una reducción de 10 puntos en la presión de la sangre» (pág. 48; véase también Miller y Crabtree, Capítulo 24 de este *Manual*).

Los investigadores cualitativos deben aprender a formular creativamente su crítica al Consejo Nacional de Investigación y sus lineamientos metodológicos (Atkinson, 2004). Deben aplicar su imaginación a la búsqueda de nuevas maneras de definir términos como *diseño aleatorio*, *modelo causal*, *estudios de política y ciencia pública* (Cannella y Lincoln, 2004a, 2004b; Lincoln y Cannella, 2004a, 2004b; Lincoln y Tierney, 2004; Weinstein, 2004). Más en profundidad, los investigadores cualitativos deben resistir los intentos conservadores de desacreditar la investigación cualitativa que vuelven a encerrarla dentro de la caja del positivismo.

Experimentalismo de metodología mixta

Como observa Howe (2004), el movimiento de la investigación de base científica le hace lugar a los métodos cualitativos entre los diseños experimentales de metodología mixta. En estos diseños, los métodos cualitativos pueden «emplearse tanto por separado como en combinación con métodos cuantitativos, incluyendo el uso de diseños experimentales aleatorios» (pág. 49). Los diseños de metodología mixta son descendientes directos del experimentalismo clásico, y presumen de una jerarquía metodológica en la cual los métodos cuantitativos son superiores, y los cualitativos se relegan «a un rol fuertemente auxiliar, en la búsqueda *tecnocrática* por generar conocimiento “que funcione”» (págs. 53-54).

La promoción de métodos mixtos traslada los métodos cualitativos hacia el exterior de su contexto natural, que es el marco interpretativo y crítico (Howe, 2004, pág. 54; véase también Teddlie y Tashakkori, 2003, pág. 15), y divide la investigación en categorías dicotómicas: la exploración o la confirmación. El trabajo cualitativo se inscribe en la primera categoría, y la investigación cuantitativa en la segunda (Teddlie y Tashakkori, 2003, pág. 15). Al igual que el modelo experimental clásico, la metodología mixta excluye a los participantes del diálogo y la colaboración activa en el proceso de investigación, lo cual debilita la dimensión democrática y dialógica de la investigación y estrecha la posibilidad de que se escuchen las voces previamente silen-

ciadas (Howe, 2004, págs. 56-57). Como advierte Howe (2004), no son «sólo los “fundamentalistas metodológicos” quienes creen en [este] enfoque. También lo suscribe un número considerable de investigadores educacionales influyentes, quizás por transigencia frente al clima político dominante, quizás como reacción frente a los excesos del posmodernismo, quizás por las dos cosas. Se trata de una evolución peligrosa, sea cual fuere su causa» (pág. 57).

Críticas pragmáticas del antifundacionalismo

Seale y otros (2004) polemizan con lo que consideran los excesos del posmodernismo romántico y del «todo vale» antimetodológico que asocian con nuestro proyecto. Aseguran que a menudo el enfoque que nosotros valoramos sólo produce «investigación cualitativa de baja calidad y resultados de investigación bastante estereotipados y cercanos al sentido común» (pág. 2). En contraste, proponen un enfoque pragmático, basado en la práctica, en cuyo centro se encuentra la práctica de la investigación. Afirman que la investigación implica «un compromiso con una variedad de factores y personas: materiales de investigación [...], teorías sociales, discusiones filosóficas, valores, métodos, pruebas [...] [y] participantes» (pág. 2). (En realidad, este enfoque es bastante parecido al nuestro, sobre todo a nuestra idea de la investigación cualitativa como *bricolage*.) La metodología situada de Seale y otros rechaza la pretensión antifundacionalista de que sólo existen verdades parciales y que la línea divisoria entre hecho y ficción se ha quebrado (pág. 3). Estos académicos creen que esta línea divisoria no ha colapsado y que los investigadores cualitativos no deberían aceptar relatos que no concuerden con los hechos mejor contrastados (pág. 6).

Extrañamente, esta argumentación a favor de los procedimientos pragmáticos reproduce una variante del modelo basado en la evidencia y sus críticas a las sensibilidades posestructuralistas y performativas, y puede utilizarse para apoyar políticamente la marginalización metodológica de las posiciones asumidas por muchos de los colaboradores de este libro.

X X X

El terreno políticamente complejo que acabamos de describir define las muchas facetas y tradiciones de la investigación cualitativa: la tradición británica y su presencia en muchos contextos nacionales; las tradiciones pragmáticas, naturalistas e interpretativas en la sociología, la antropología, las comunicaciones y la educación en Estados

Unidos; las perspectivas fenomenológicas, hermenéuticas, semióticas, marxistas, estructuralistas y posestructuralistas originadas en Francia y Alemania; los estudios feministas, afroamericanos, latinos y *queer*, los estudios de las culturas indígenas y aborígenes, etcétera. La política de la investigación cualitativa crea una tensión que da forma a cada una de estas tradiciones, y que constantemente se reexamina e interroga a medida que la investigación cualitativa se enfrenta a un mundo histórico en cambio, con nuevas posiciones intelectuales y con sus propios condicionantes institucionales y académicos.

En resumen, la investigación cualitativa significa muchas cosas para mucha gente. Su esencia es implícitamente bifaz: comprende un compromiso hacia cierta versión del enfoque naturalista-interpretativo del objeto de estudio y una crítica siempre vigente a la política y los métodos del pospositivismo. A continuación, expondremos brevemente las principales diferencias entre los enfoques cualitativo y cuantitativo de la investigación científica. Luego, discutiremos los debates y las tensiones que actualmente operan dentro del marco de la investigación cualitativa.

La investigación cualitativa contra la investigación cuantitativa

El término *cualitativo* implica un énfasis en las cualidades de los entes y en los procesos y significados que no pueden examinarse o medirse experimentalmente (si es que pueden medirse en absoluto) en función de cantidad, número, intensidad o frecuencia. Los investigadores cualitativos subrayan la naturaleza socialmente construida de la realidad, la relación íntima entre el investigador y aquello que estudia, y las restricciones contextuales que dan forma a la investigación. Tales investigadores hacen énfasis en la naturaleza esencialmente valorativa de la investigación. Formulan preguntas y construyen respuestas que permitan destacar *el modo* en que la experiencia social es creada y dotada de sentido. En contraste, los estudios cuantitativos enfatizan la medición y el análisis de relaciones causales entre variables, no entre procesos. Los defensores de la investigación cuantitativa sostienen que su trabajo se realiza en un marco libre de valoraciones.

Estilos de investigación: ¿hacer lo mismo de diferentes maneras?

Por supuesto, los investigadores tanto de una como de otra orientación «piensan que saben algo sobre la sociedad que vale la pena com-

partir con otros, y utilizan una variedad de formas, medios y plataformas para comunicar sus ideas y descubrimientos» (Becker, 1986, pág. 122). Sin embargo, los investigadores cualitativos se diferencian de los cuantitativos en cinco aspectos importantes (Becker, 1996), que expondremos a continuación. Estos cinco puntos involucran modos diferentes de abordar el mismo conjunto de problemas, y nos retrotraen insistentemente al tema de la política de la investigación y a la cuestión de quién tiene el poder de legislar las soluciones correctas de los problemas sociales.

Usos del positivismo y del pospositivismo. En primer lugar, ambas perspectivas están conformadas por las tradiciones positivista y pospositivista de las ciencias físicas y sociales (véase la discusión de más abajo). Estas dos tradiciones sostienen posiciones críticas realistas e ingenuas, en lo relativo a la realidad y los modos de percibirla. La versión positivista afirma que existe una realidad externa a ser estudiada, captada y entendida, mientras que los pospositivistas argumentan que la realidad nunca puede aprehenderse completamente, sino de un modo aproximativo (Guba, 1990, pág. 22). El pospositivismo se sostiene en múltiples métodos como un modo de captar la realidad de la mejor manera posible. Al mismo tiempo, enfatiza el descubrimiento y la verificación de las teorías. Los criterios de evaluación tradicionales, como la validez interna y externa, son resaltados tanto como el uso de procedimientos cualitativos que se prestan al análisis estructural o estadístico. También pueden emplearse métodos de análisis asistidos por computadora que permiten establecer conteos de frecuencias, tabulaciones y análisis estadísticos de bajo nivel.

Como sombras largas, las tradiciones positivista y pospositivista perviven en el proyecto de la investigación cualitativa. Pues, históricamente, la investigación cualitativa se definía en el marco del paradigma positivista, en el cual los investigadores cualitativos trataban de hacer «buena investigación positivista» con métodos y procedimientos menos rigurosos. Algunos investigadores cualitativos de mediados del siglo XX reportaron descubrimientos hechos sobre la base de la observación participante, en términos cuasiestadísticos (por ejemplo, Becker, Geer, Hughes y Strauss, 1961). Todavía en 1998, dos exponentes de la teoría fundamentada en el área de la investigación cualitativa como Strauss y Corbin trataron de modificar los cánones usuales de la buena ciencia (positivista) para adecuarlos a su propia concepción pospositivista del rigor científico (véase Charmaz, Capítulo 20 de este *Manual*; véase también Glaser, 1992). A su vez, algunos investigadores aplicados que afirman ser no teóricos, encajan por defecto en el marco del positivismo o del pospositivismo.

Flick (2002), con mucha utilidad, resume las diferencias entre estas dos perspectivas de la investigación, notando que el enfoque

cuantitativo fue históricamente empleado con el fin de aislar «causas y efectos [...] operacionalizar relaciones teóricas [...] [y] medir y cuantificar fenómenos [...] permitiendo la generalización de los resultados» (pág. 3). Hoy en día, un manto de duda cubre tales proyecciones: «el veloz cambio social y la resultante diversificación del mundo de la vida enfrentan cada vez más a los investigadores sociales con nuevos contextos y perspectivas sociales; [...] las metodologías deductivas clásicas [...] se tornan inútiles. [...] Por ende, la investigación se ve crecientemente obligada a hacer uso de estrategias inductivas en lugar de partir de las teorías y tratar de verificarlas. [...] Conocimiento y práctica se estudian ahora como conocimiento y práctica *locales*» (pág. 2).

Spindler y Spindler (1992) resumen su enfoque cualitativo del material cuantitativo: «La instrumentación y la cuantificación son simples procedimientos utilizados para extender y reforzar ciertas clases de datos, interpretaciones y verificar hipótesis a partir de muestreos. Ambos, sin embargo, tienen que ocupar su lugar. Debe evitarse su utilización prematura o excesivamente extendida como mecanismo preventivo» (pág. 69).

Si bien muchos investigadores cualitativos en la tradición del pospositivismo utilizan métodos, mediciones y documentos de origen estadístico como forma de localizar a un grupo de sujetos en el contexto de una población mayor, raramente estructuran sus resultados con los términos del tipo de métodos estadísticos que son usuales para los investigadores cuantitativos (por ejemplo, análisis de camino, de regresión o de lógicas lineales).

Aceptación de las sensibilidades posmodernas. El uso de métodos y supuestos cuantitativos positivistas fue rechazado por una nueva generación de investigadores cualitativos adeptos a la sensibilidad posestructuralista y/o posmoderna. Estos investigadores argumentan que los métodos positivistas no son más que un modo posible de contar relatos sobre la sociedad o los mundos sociales, y que no son en sí mismos ni mejores ni peores que muchos otros; sólo narran un tipo especial de relatos.

No todos los investigadores cualitativos comparten esta mirada tolerante (Huber, 1995). Muchos miembros de las escuelas constructivista, posestructuralista y posmoderna, así como de la teoría crítica, rechazan los criterios positivistas y neopositivistas al evaluar su propio trabajo. Ven estos criterios como irrelevantes para su trabajo y sostienen que reproducen sólo una clase de ciencia, una ciencia que silencia demasiadas voces. Estos investigadores buscan métodos alternativos de evaluación, que incluyan factores como la verosimilitud, la emotividad, la responsabilidad individual, la ética del cuidado, la práctica política, los textos polifónicos y el diálogo con los sujetos investigados. Como respuesta, los positivistas y pospositivistas dicen que ellos hacen

una buena ciencia, libre de prejuicios y subjetividades individuales. Como ya hemos dicho, consideran el posmodernismo y el posestructuralismo como ataques a la razón y a la verdad.

Captación del punto de vista del individuo. El punto de vista del individuo es relevante por igual para la investigación cualitativa y cuantitativa. De cualquier modo, los investigadores cualitativos piensan que pueden acercarse más a la perspectiva del actor a través de entrevistas y observaciones minuciosas. Afirman que raramente los investigadores cuantitativos pueden captar la perspectiva de los sujetos que estudian porque dependen más de métodos y materiales empíricos remotos e inferenciales. A su vez, muchos investigadores cuantitativos consideran que los materiales empíricos producidos por los métodos interpretativos son poco fiables, impresionistas y no objetivos.

Examen de las restricciones de la vida real. Los investigadores cualitativos son, en general, más capaces de enfrentar y vencer los obstáculos propios del mundo social real, pues ven este mundo en acción y sitúan en él sus descubrimientos. En cambio, los investigadores cuantitativos abstraen sus problemas del mundo, y raramente lo estudian de modo directo. Buscan una ciencia nomotética y no contextual, basada en las probabilidades derivadas del estudio de grandes cantidades de casos seleccionados al azar. Esta clase de intenciones vuela muy por arriba y por fuera de las restricciones típicas del mundo real. Por el contrario, los investigadores cualitativos se comprometen con una posición *emic*, ideográfica, basada en especificidades del caso particular.

Utilización de descripciones ricas. Los investigadores cualitativos creen que las descripciones minuciosas del mundo social son valiosas, mientras los investigadores cuantitativos, con su confianza en lo *etic* nomotético, no se preocupan por un alto nivel de detalle. Deliberadamente, los investigadores cuantitativos evitan la descripción profunda porque afirman que el detalle interrumpe el proceso de desarrollo de generalizaciones.

X X X

Los cinco puntos descritos arriba reflejan las inclinaciones de los investigadores cuantitativos y cualitativos hacia distintos estilos de investigación, diferentes epistemologías y diferentes formas de representación. Cada tradición de trabajo está regida por un diferente arco de géneros: cada una tiene sus propios clásicos, sus propias formas de representación, interpretación, verosimilitud y evaluación textual preferidas (véase Becker, 1986, págs. 134-135). Los investigadores cualitativos utilizan la prosa etnográfica, la narrativa histórica, las crónicas

en primera persona, la fotografía, las historias de vida, los «hechos» ficcionalizados, los materiales biográficos y autobiográficos, entre otros recursos. Los investigadores cuantitativos, a su vez, utilizan modelos matemáticos, tablas y gráficos estadísticos, y a menudo escriben sobre sus investigaciones de modo impersonal, en tercera persona.

Tensiones en el interior de la investigación cualitativa

Sería erróneo pretender que todos los investigadores cualitativos comparten los mismos presupuestos sobre los cinco puntos de diferencia recién comentados. Como expondremos a continuación, los discursos de la investigación cualitativa están conformados por diferencias positivistas, pospositivistas y posestructuralistas. Los académicos cualitativos interpretativos realistas y pospositivistas critican a los posestructuralistas por el giro textual y narrativo que éstos han dado. Según afirman, este giro comporta una actitud autocomplaciente, y produce las condiciones para «un diálogo de sordos con uno mismo y con la comunidad» (Silverman, 1997, pág. 240). A quienes tratan de captar el punto de vista del sujeto que interactúa en el mundo, los críticos los acusan de humanismo ingenuo, de reproducir «un impulso romántico que eleva la experiencia al nivel de lo auténtico» (Silverman, 1997, pág. 248).

También están quienes dicen que los que adhieren al giro textual y performativo ignoran, en verdad, la experiencia vivida. Snow y Morrill (1995) afirman que «este giro performativo, como la preocupación por el discurso y el relato, nos alejará decisivamente del campo de la acción social y los dramas reales del mundo real, convirtiéndose en la partida de defunción de la etnografía como una ciencia basada en los datos empíricos» (pág. 361). No hay que aclarar que estamos en desacuerdo.

Realismo crítico

Para algunos, existe una tercera vía entre el positivismo ingenuo y el posestructuralismo. El realismo crítico es un movimiento antipositivista en las ciencias sociales, muy asociado con los trabajos de Roy Bhaskar y Rom Harré (Danermark, Ekström, Jakobsen y Karlsson, 2002). Los realistas críticos utilizan el término «crítica» en un sentido peculiar. No se refieren a la teoría crítica estilo escuela de Fráncfort, si bien hay rastros de crítica social aquí y allá (véase Danermark y

otros, 2002, pág. 201). En lugar de eso, «crítico», en este contexto, remite a un realismo trascendente que rechaza el universalismo metodológico y la pretensión universal de la verdad. Los realistas críticos se oponen a las epistemologías del positivismo lógico, al relativismo y a las epistemologías antifundacionales. Concuerdan con los positivistas en que existe un mundo externo de eventos que resulta observable e independiente de la conciencia humana, pero afirman que el conocimiento acerca de ese mundo se construye socialmente. La sociedad la conforman seres humanos que sienten y piensan, y sus interpretaciones del mundo deben ser estudiadas (Danermark y otros, 2002, pág. 200). Los realistas críticos rechazan la teoría de la verdad como correspondencia; creen, por el contrario, que la realidad se ordena en niveles, y que el trabajo científico debe ir más allá de los juicios de regularidad hacia el análisis de los mecanismos, procesos y estructuras que definen los patrones observables.

Sin embargo, como teóricos críticos posempiristas y antifundamentalistas, rechazamos una gran parte de lo que los realistas críticos proponen. A lo largo del siglo pasado, las ciencias sociales y la filosofía se entrelazaron completamente entre sí. Diversos «ismos» y movimientos filosóficos entrecruzaron discursos sociológicos y educacionales, desde el positivismo hasta el pospositivismo, la filosofía analítica y la filosofía del lenguaje, la hermenéutica, el estructuralismo, el posestructuralismo, el marxismo, el feminismo, y todas las versiones post-post de lo anterior. Algunos dicen que los positivistas lógicos guiaron a las ciencias sociales en un riguroso curso de autodestrucción.

No creemos que el realismo crítico pueda mantener a flote el barco de las ciencias sociales. Las ciencias sociales son disciplinas normativas, involucradas desde el vamos en valoraciones y temas de ideología, poder, deseo, sexismo, racismo, dominación, represión y control. Lo que buscamos es una ciencia social comprometida profundamente con temas de justicia social, no violencia, equidad, paz y derechos humanos. No queremos una ciencia social que diga que puede abordar estos temas a voluntad. Para nosotros, ésa ya no es una elección viable.

Contando con estas diferencias entre distintas tradiciones interpretativas y dentro de cada una de ellas, a continuación discutiremos brevemente la historia de la investigación cualitativa. Segmentamos esta historia en ocho momentos, conscientes de que toda historia es arbitraria y responde siempre, al menos en parte, a una construcción social.

La historia de la investigación cualitativa

La historia de la investigación cualitativa revela que las modernas ciencias sociales tomaron como misión «el análisis y la compren-

sión de los patrones que toman los procesos sociales y de conducta en una determinada sociedad» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 37). La idea de que los científicos sociales fueran capaces de realizar con éxito esa tarea presuponía que poseían la capacidad de observar el mundo objetivamente. Así, los métodos cualitativos resultaron la herramienta principal para semejantes observaciones.¹³

A lo largo de la historia de la investigación cualitativa, los investigadores definieron su trabajo en términos de esperanzas y valores, «creencias religiosas, ideologías profesionales y laborales» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 39). La investigación cualitativa (como toda forma de investigación) siempre fue juzgada «con la regla de si un determinado trabajo nos comunica o “dice” algo» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 39), sobre la base de cómo conceptualizamos nuestra realidad y nuestras imágenes del mundo. *Epistemología* es la palabra que históricamente definió estas reglas de evaluación. En el período contemporáneo, como argumentamos arriba, muchos lugares comunes sobre la epistemología fueron reexaminados.

El trabajo de Vidich y Lyman (2000) sobre la historia de la investigación cualitativa cubre los siguientes estadios (un tanto) superpuestos: la etnografía temprana (hasta el siglo XVII), la etnografía colonial (exploradores de los siglos XVII, XVIII y XIX), la etnografía de los indígenas norteamericanos como «Otros» (antropología del siglo XIX tardío y comienzos del siglo XX), estudios de comunidades y etnografía de los inmigrantes de los Estados Unidos (desde comienzos del siglo XX hasta la década de 1960), estudios de la etnicidad y la asimilación (mediados de siglo hasta la década de 1980) y el presente, que llamamos *octavo momento*.

En cada una de estas eras, los investigadores fueron influenciados por sus esperanzas políticas e ideologías, efectuando descubrimientos en sus investigaciones que confirmaban sus teorías o creencias previas. Los primeros etnógrafos confirmaron la diversidad racial y cultural de los pueblos a lo largo del globo y trataron de adecuar esta diversidad a una teoría sobre los orígenes de la historia, las razas y las civilizaciones. A su vez, los etnógrafos coloniales, antes de la profesionalización de la etnografía en el siglo XX, promovieron un pluralismo colonial que libraba a los nativos a su propia suerte a medida que sus líderes eran cooptados por la administración de las colonias.

Los etnógrafos europeos estudiaron a los africanos, a los asiáticos y a otros pueblos de color del Tercer Mundo. Los primeros etnógrafos de Estados Unidos estudiaron a los indígenas norteamericanos desde

¹³ En este sentido, toda investigación es cualitativa, pues «el investigador está en el centro del proceso de investigación» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 39).

la perspectiva del conquistador, que veía el mundo de la vida de los primitivos como una ventana al pasado prehistórico. La misión calvinista de salvar a los indios pronto se trasladó a la misión de salvar a las «hordas» de inmigrantes que entraron en Estados Unidos al comenzar el proceso de industrialización. Los estudios del Otro étnico procedentes de la comunidad cualitativa proliferaron desde comienzos de 1900 hasta la década de 1960, e incluyen los trabajos de Franklin Frazier, Robert Park, Robert Redfield y sus estudiantes, William Foote Whyte, los Lynds, August Hollingshead, Herbert Gans, Stanford Lyman, Arthur Vidich y Joseph Bensman. Los estudios étnicos posteriores a 1960 desafiaron la hipótesis del crisol de razas de Park y sus seguidores, en sintonía con el surgimiento de los programas de estudios étnicos que encontraron a los nativos norteamericanos, latinos, asiáticos y afroamericanos tratando de tomar control de los estudios sobre sus propios pueblos.

El debate posmoderno y posestructuralista emergió a mediados de la década de 1980, cuestionando los supuestos que organizaron la temprana historia del campo en cada uno de sus momentos de colonización. Según afirman Vidich y Lyman (2000), la investigación cualitativa que cruza la «frontera posmoderna» le exige al académico «que abandone todos sus valores, teorías, perspectivas y prejuicios establecidos y preconcebidos [...] como recursos para el trabajo etnográfico» (pág. 60). En esta nueva era, el investigador cualitativo hace más que meramente observar la historia; le toca jugar un papel activo en ella. Nuevos relatos del campo se escribirán a partir de este momento, y reflejarán el compromiso personal y directo de los investigadores con este período histórico.

El análisis de Vidich y Lyman cubre todo el arco de la historia de la etnografía. El nuestro se limita a los siglos XX y XXI y complementa muchas de las divisiones del trabajo de Vidich y Lyman. Comenzamos con los trabajos fundacionales de los británicos y franceses, y las escuelas de sociología y antropología de Chicago, Columbia, Harvard y Berkeley. Este período fundacional temprano es el que sentó las bases y estableció las normas de la investigación cualitativa y etnográfica clásica (véanse Gupta y Ferguson, 1997; Rosaldo, 1989; Stocking, 1989).

Los ocho momentos de la investigación cualitativa

Como hemos dicho, dividimos nuestra historia de la investigación cualitativa en América del Norte en ocho momentos, que cubren el

siglo XX y lo que va del XXI. Describiremos estos ocho momentos a continuación.

El período tradicional

Llamamos «período tradicional» a nuestro primer momento (que cubre las fases segunda y tercera de Vidich y Lyman, 2000). Este período comienza hacia 1900 y continúa hasta la Segunda Guerra Mundial. Durante él, los investigadores cualitativos escribieron informes «objetivos», colonialistas, de experiencias de campo que reflejaban el paradigma científico positivista. Su preocupación central consistía en ofrecer interpretaciones válidas, confiables y objetivas en sus escritos. El «Otro» que estudiaban era un «extraño», remoto y desconocido.

Así comenta Malinowski (1967) sus experiencias de campo en Nueva Guinea y las Islas Trobriand en los años 1914-1915 y 1917-1918. Vemos cómo para él la obtención de datos podía ser una cuestión de trueque:

Nada me impulsaba a hacer trabajo etnográfico [...]. En conjunto, la aldea me impresionó más bien desfavorablemente. Hay una cierta desorganización [...]. El persistente alboroto de la gente riendo, mirándome y mintiéndome me descorazonó ampliamente [...]. Fui a la aldea con la expectativa de tomar unas pocas fotos de la danza *bara*. Repartí algo de tabaco y contemplé un par de danzas. Tomé fotografías, pero no resultaron buenas [...]. No posaban el tiempo suficiente para lograr una buena exposición, y por momentos me enfurecía, particularmente porque se iban corriendo una vez que les había dado el tabaco (citado por Geertz, 1988, págs. 73-74).

En otro texto, este trabajador de campo, solitario, frustrado y aislado describe sus métodos del siguiente modo:

En el campo, uno debe enfrentar un caos de hechos [...]. En su forma más cruda, no se trata de hechos científicos en lo absoluto; son hechos elusivos, y sólo pueden fijarse mediante la interpretación [...]. *Sólo las generalizaciones y las leyes constituyen hechos científicos*, y el trabajo de campo consiste única y exclusivamente en interpretaciones de la caótica realidad social, subordinándola a leyes generales (Malinowski, 1916/1948, pág. 328; citado por Geertz, 1988, pág. 81).

Las observaciones de Malinowski son provocativas. Por un lado, muestran desprecio por el trabajo de campo, pero, por el otro, hablan de él en el glorificado lenguaje de la ciencia, con leyes y generalizaciones surgidas de esta extraña experiencia.

Durante este período, el trabajador de campo era tratado como un rey, una figura enormemente prestigiosa que desembarcaba en el terreno y volvía con relatos sobre extraños pueblos. Rosaldo (1989) se refiere a esta etapa como el «período del etnógrafo solitario», el período del hombre de ciencia que se hacía a la mar en busca de una tierra nativa y distante. Allí, esta figura «encontraba el objeto de su búsqueda [...] y se sometía a un rito de pasaje al atravesar la terrible experiencia del "trabajo de campo"» (pág. 30). Vuelto a casa cargado de datos, el etnógrafo solitario escribía un objetivo informe sobre la cultura estudiada, estructurado según las normas de la etnografía clásica, un manejo sagrado de términos (Rosaldo, 1989, pág. 31) que organizaba los textos etnográficos de acuerdo con cuatro creencias y compromisos: el compromiso con el objetivismo, la complicidad con el imperialismo, la creencia en el monumentalismo (la etnografía debía dar una imagen de museo de la cultura estudiada) y la creencia en la atemporalidad (lo estudiado nunca cambiaría). El Otro era simplemente un «objeto» para archivar. Este modelo de investigador, capaz de escribir teorías complejas y densas sobre su objeto, sigue en gran medida vigente.

El mito del etnógrafo solitario ilustra el nacimiento de la etnografía clásica. Los textos de Malinowski, Radcliffe-Brown, Margaret Mead y Gregory Bateson todavía se estudian cuidadosamente por lo que le enseñan al novicio sobre el trabajo de campo, el uso de las notas de campo y la escritura de teoría. Sin embargo, la figura del etnógrafo solitario se ha hecho añicos. Muchos académicos ven la obra de los etnógrafos clásicos como reliquias del pasado colonial (Rosaldo, 1989, pág. 44) y, mientras algunos todavía sienten nostalgia por este pasado, otros celebran que ya haya quedado atrás. Rosaldo (1989) cita a Cora Du Bois, una retirada profesora de antropología de Harvard, quien añoraba los viejos tiempos en una conferencia que dictó en 1980, al referirse a la crisis de la antropología: «[Siento distancia] de la complejidad y el desarreglo de lo que una vez consideré que era una disciplina respetable y atractiva. [...] Fue como pasar de un distinguido museo de arte a una feria de garaje» (pág. 44).

Du Bois considera las etnografías clásicas como obras de arte atemporales, conservadas en un museo. Se siente incómoda en el caos de la venta de garaje. En cambio, Rosaldo (1989) es afecto a esta metáfora porque «provee una imagen precisa de la situación poscolonial en la que los artefactos culturales circulan entre sitios dispares, en la que nada es sagrado ni permanente, nada está garantizado de antemano. La imagen de la antropología como una venta de garaje describe nuestra situación global actual» (pág. 44). Ciertamente, muchos tesoros valiosos pueden encontrarse en lugares inesperados, si uno mira con atención y paciencia. Las viejas reglas ya no tienen vigencia; las etnografías no producen verdades atemporales y el compromiso con el

objetivismo hoy en día se encuentra en duda. La complicidad de la antropología con el imperialismo es ampliamente debatida actualmente, y la creencia en el monumentalismo es cosa del pasado.

El legado de este primer período comienza a fines del siglo XIX, cuando la novela y las ciencias sociales se disocian en dos sistemas de discurso separados (Clough, 1998, págs. 21-22). En cualquier caso, la escuela de Chicago, con su énfasis en la historia de vida y el enfoque del material etnográfico como «fragmentos de la vida tal como es vivida», buscaron desarrollar una metodología interpretativa cuyo enfoque mantuviera la centralidad de la historia de vida narrada. Esto condujo a la producción de textos que dieron al investigador, como autor, la posibilidad de representar la historia del sujeto estudiado. Escritos bajo el manto de un realismo social honrado y desprovisto de sentimientos, estos textos utilizaban el lenguaje de la gente común y articulaban, en las ciencias sociales, una versión del naturalismo literario, lo que a menudo producía la ilusión catártica de que se había encontrado la solución para un problema social. Como los filmes sobre delincuencia juvenil y otros «problemas sociales» de la época de la Depresión (Roffman y Purdy, 1981), estas crónicas romantizaban al sujeto, convirtiendo al diferente en un héroe de película. Como su correlato cinematográfico, estos relatos sociológicos tienen usualmente finales felices, en la medida en que acompañan a sus héroes a lo largo de las tres etapas acostumbradas del relato moral clásico: estado de gracia, seducción por el mal y caída, redención a través del sufrimiento.

Fase modernista

La fase modernista, o segundo momento, se construyó sobre los trabajos canónicos del período tradicional con una visión que seguía valorando el realismo social, el naturalismo y las historias de vida. Esta fase cubre el período de posguerra, se extiende hasta la década de 1970 y todavía determina, hoy en día, la dirección del trabajo de muchos investigadores (véanse reseñas detalladas en Wolcott, 1990, 1992, 1995; véase también Tedlock, Capítulo 18 de este *Manual*). En este período, muchos textos tratan de formalizar los métodos cualitativos (véanse, por ejemplo, Bogdan y Taylor, 1975; Cicourel, 1964; Filstead, 1970; Glaser y Strauss, 1967; Lofland, 1971, 1995; Lofland y Lofland, 1984, 1995; Taylor y Bogdan, 1998).¹⁴ El etnógrafo modernista

¹⁴ Véase Lincoln y Guba (1985) para una elaboración extendida de esta tradición a mediados de los años ochenta. Para extensiones más recientes, véase Taylor y Bogdan (1998) y Creswell (1998).

y el observador participante de la sociología intentaron emprender estudios cualitativos rigurosos de importantes procesos sociales, incluyendo la desviación y el control social en el aula de clase y en la sociedad. En términos generales, éste fue un momento de fermentación creativa.

Una nueva generación de estudiantes de posgrado de todas las disciplinas humanas se encontró con teorías interpretativas nuevas: etnometodología, fenomenología, teoría crítica, feminismo, etcétera. Se sintieron atraídos por las prácticas de investigación cualitativa, pues les permitirían darle una voz a las clases subalternas. Por esa época, el pospositivismo funcionaba como un poderoso paradigma epistemológico. Los investigadores trataron de adecuar el modelo de Campbell y Stanley (1963) de interna y externa validez de las concepciones constructivista e interaccionista del acto de investigación. Por este motivo, también, volvieron a los textos de la escuela de Chicago como fuentes de inspiración (véase Denzin, 1970, 1978).

Boys in White sigue siendo un texto canónico de este momento (Becker y otros, 1961; véase también Becker, 1998). Firmemente atrincherada en el discurso metodológico de mediados del siglo XX, esta obra apostó al desarrollo de la investigación cualitativa como un tipo de investigación tan rigurosa como su contraparte cuantitativa. Las narrativas causales fueron centrales al proyecto. Este trabajo multimetodológico combinó las formas abiertas y semiestructuradas de la entrevista con la observación participante y el cuidadoso análisis del material en formas estadísticas estandarizadas. En su clásico artículo «Problems of Inference and Proof in Participant Observation», Howard S. Becker (1958/1970) describe este uso de la cuasiestadística:

Las observaciones participantes fueron ocasionalmente recolectadas de formas estandarizadas, susceptibles de ser transformadas en datos estadísticos legítimos. Pero las exigencias del campo normalmente impiden la recolección de datos de forma tal que puedan adecuarse a los requerimientos de la prueba estadística, de modo que el observador trabaja con lo que se ha llamado «cuasiestadística». Sus conclusiones, si bien implícitamente numéricas, no requieren cuantificación precisa (pág. 31).

En el análisis de datos, según Becker, el investigador cualitativo sigue el ejemplo de colegas más orientados al trabajo cuantitativo. El investigador busca probabilidades, o trata de apoyar sus argumentos en la plausibilidad o frecuencia con que una conclusión se aplica a una situación específica (véase también Becker, 1998, págs. 166-170). Así fue que el trabajo en el período modernista se disfrazó con el lenguaje y la retórica del discurso positivista y pospositivista.

Esa etapa constituye la edad dorada de la investigación cualitativa rigurosa, representada en la sociología por *Boys in White* (Becker y otros, 1961) en un extremo, y *The Discovery of Grounded Theory* (Glaser y Strauss, 1967) en el otro. En ciencias de la educación, la investigación cualitativa de este período la definieron los trabajos de George y Louise Spindler, Jules Henry, Harry Wolcott y John Singleton. Todavía hoy se mantiene vigente esta forma de investigación cualitativa en trabajos como los de Strauss y Corbin (1998) y Ryan y Bernard (2000).

La «edad dorada» reforzó la imagen de la investigación cualitativa como un romanticismo cultural. Imbuidos de nociones prometeicas sobre el poder humano, los investigadores valoraban a los villanos y a los marginales como héroes enfrentados con la sociedad convencional. Estos autores encarnaron la creencia en la contingencia del *self* y de la sociedad, sostuvieron ideales emancipatorios «por los que vivir y morir», y pusieron en circulación una mirada trágica y a menudo irónica sobre la sociedad y el *self*, en línea con una enorme tradición de izquierdistas culturales románticos que podría incluir a Emerson, Marx, James, Dewey, Gramsci y Martin Luther King (h.) (West, 1989, Capítulo 6).

A medida que este momento llegaba a su fin, la guerra de Vietnam era el tema omnipresente en la sociedad estadounidense. En 1969, en paralelo a estas corrientes políticas, Herbert Blumer y Everett Hughes se encontraron con un grupo de jóvenes sociólogos llamados «los Rebeldes de Chicago» en las reuniones de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos que tenían lugar en San Francisco y compartieron sus memorias de los «años de Chicago». Lyn Lofland (1980) describe esta época como

un momento de gran fermentación creativa, tanto a nivel académico como político. Los encuentros de San Francisco no fueron meramente el escenario del evento de Blumer-Hughes, sino una verdadera «contrarrevolución» [...]. Un grupo primero empezó a hablar de [...] los problemas de ser una socióloga mujer [...]. La disciplina, literalmente, parecía explotar desde adentro gracias a nuevas ideas: [...] [entre ellas] la teoría del *labelling*, la etnometodología, la teoría del conflicto, la fenomenología, el análisis dramaturgico (pág. 253).

Así fue como la etapa moderna llegó a su fin.

El desdibujamiento de los géneros

Al comenzar la tercera etapa (1970-1986), que llamamos el período del desdibujamiento de los géneros, los investigadores cualitativos

tenían a su disposición una amplia provisión de paradigmas, métodos y estrategias para emplear en sus investigaciones. Las teorías cubrían el espectro que va del interaccionismo simbólico al constructivismo, la investigación naturalista, el positivismo y el pospositivismo, la fenomenología, la etnometodología, la teoría crítica, la teoría neomarxista, la semiótica, el estructuralismo, el feminismo y varios paradigmas étnico-raciales. La investigación cualitativa aplicada iba ganando lugar, y la política y la ética de la investigación cualitativa (implicadas, como estaban, en varias aplicaciones de estas metodologías) eran temas a los que se les prestaba considerable atención. Las estrategias de investigación y los formatos textuales utilizados para comunicar las investigaciones iban de la teoría fundamentada al estudio de casos e incluían los métodos de la investigación histórica, biográfica, etnográfica y clínica, así como la investigación-acción. Diversos modos de recolección y análisis del material empírico estaban a disposición, incluyendo entrevistas cualitativas (de final abierto y semiestructuradas) y experiencias observacionales, visuales y personales y métodos documentales. Las computadoras estaban empezando a usarse, e iban a convertirse, en la siguiente década, en un instrumento fundamental para el análisis de datos cualitativos, en paralelo con los métodos de la semiótica, el análisis del relato y el de contenido para la lectura de entrevistas y textos culturales.

Dos libros de Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (1973) y *Local Knowledge* (1983) definen el comienzo y el fin de este período. En estos dos textos, Geertz sostiene que el viejo enfoque funcionalista, positivista, conductista y totalizante en las ciencias humanas estaba abriéndole paso a una perspectiva más pluralista, interpretativa y dialógica, que tomaba las representaciones culturales y sus significados como puntos de partida para el trabajo. Geertz pedía una «descripción densa» de los fenómenos, los rituales y las costumbres particulares, y sugería que todos los textos antropológicos son por definición interpretaciones de interpretaciones.¹⁵ El observador no tiene una voz privilegiada en las interpretaciones que se escriben. La tarea central de la teoría es generar sentido a partir de una situación local.

Geertz llegó a proponer que los límites entre las ciencias sociales y las humanidades se habían borrado. Los científicos sociales debían, pues, buscar en las humanidades sus modelos, teorías y métodos de análisis (la semiótica, la hermenéutica, etcétera). Lo que estaba teniendo lugar era una suerte de diáspora de géneros: documentales que

¹⁵ Greenblatt (1997, págs. 15-18) proporciona una lectura deconstructiva muy útil de los muchos sentidos y prácticas que Geertz engloba bajo el concepto de *descripción densa*.

podían leerse como ficción (Mailer), parábolas con pretensiones de etnografía (Castaneda), tratados teóricos con apariencia de charlas sobre viajes (Lévi-Strauss), etcétera. Al mismo tiempo, comenzaban a emerger nuevos enfoques: el posestructuralismo (Barthes), el neopositivismo (Philips), el neomarxismo (Althusser), el descriptivismo a escala micro y macro (Geertz), las teorías rituales del drama y la cultura (V. Turner), el deconstruccionismo (Derrida), la etnometodología (Garfinkel). La edad dorada de las ciencias sociales ya había pasado, y comenzaba una nueva era de géneros interpretativos desdibujados. El ensayo como forma artística reemplazaba al artículo científico, y la presencia del autor en el texto interpretativo se volvía intencional (Geertz, 1988). ¿Cómo puede hablar con autoridad el investigador en una era en la que ya no existen reglas firmes respecto del texto, el lugar del autor en él, sus estándares de evaluación y su objeto de estudio?

Los paradigmas naturalista, pospositivista y construccionista ganaron importancia en este período, especialmente en el ámbito de la educación, en los trabajos de Harry Wolcott, Frederick Erickson, Egon Guba, Yvonna Lincoln, Robert Stake y Elliot Eisner. Hacia fines de la década de 1970, ya existían varias publicaciones de investigación cualitativa, incluyendo *Urban Life and Culture* (hoy en día *Journal of Contemporary Ethnography*), *Cultural Anthropology*, *Anthropology and Education Quarterly*, *Qualitative Sociology* y *Symbolic Interaction*, así como la serie de libros *Studies in Symbolic Interaction*.

La crisis de la representación

A mediados de la década de 1980 ocurrió una profunda ruptura. Lo que llamamos cuarto momento o crisis de la representación comienza con textos como *Anthropology as Cultural Critique* (Marcus y Fischer, 1986), *The Anthropology of Experience* (Turner y Bruner, 1986), *Writing Culture* (Clifford y Marcus, 1986), *Works and Lives* (Geertz, 1988) y *The Predicament of Culture* (Clifford, 1988). Estos trabajos impulsaron una práctica más reflexiva de la investigación y la escritura, y problematizaron temas de género, clase social y raza. Son, de algún modo, la articulación de las consecuencias del «desdibujamiento de los géneros» de la interpretación de Geertz de comienzos de esa década.¹⁶

Los investigadores cualitativos comenzaron a ensayar con nuevos modelos de verdad, nuevos métodos y formas de representación (Rosaldó, 1989). De este modo, se completó el proceso de erosión de las

¹⁶ Estos trabajos marginalizaron y minimizaron las contribuciones de la teoría y la investigación del punto de vista, de procedencia feminista (véanse Behar, 1995, pág. 3; Gordon, 1995, pág. 432).

normas clásicas de la antropología: su objetivismo, su complicidad con el colonialismo, su noción de la vida social como un todo estructurado por rituales y costumbres fijas, la investigación etnográfica como monumento a una determinada cultura (véase Rosaldó, 1989, págs. 44-45; véase también Jackson, 1998, págs. 7-8). La teoría crítica, el feminismo y las epistemologías con orientación racial competían ahora por el protagonismo en el campo, cuyos puntos de atención se redefinían gradualmente. Temas como la validez, la comprobabilidad y la objetividad, que se creían anteriormente determinados de una vez y para siempre, se volvieron problemáticos una vez más. Teorías basadas en la interpretación y el estudio de patrones, en contraposición a las explicaciones causales lineales, se volvieron más comunes a medida que los autores insistían en cuestionar los viejos modelos de verdad y significado (Rosaldó, 1989).

Stoller y Olkes (1987, pág. 227-229) narraron con elocuencia el modo en que percibieron la crisis de la representación durante su trabajo de campo entre los songhays de Nigeria. Stoller afirmó: «Cuando comencé a escribir textos antropológicos, me limitaba a las convenciones que prescribía mi entrenamiento: “recolectar datos”, y una vez que los “datos” se encontrasen ordenados en montoncitos prolijos, “pasaba todo por escrito”. Recuerdo que una vez reduje un conjunto de insultos de los songhays a una serie de fórmulas ordenadas lógicamente» (pág. 227). Stoller se sintió insatisfecho con esta forma de escritura, en parte porque se enteró de que «todos me habían estado mintiendo [...] y los datos que tanto esfuerzo me costaba recolectar resultaban finalmente inútiles. Al cabo, aprendí una lección: los informantes usualmente le mienten a los antropólogos para quienes trabajan» (Stoller y Olkes, 1987, pág. 9). Este descubrimiento a su vez condujo a un segundo hallazgo: al seguir las convenciones del realismo etnográfico, Stoller se había excluido a sí mismo en la edición de su texto. Todo esto lo llevó a escribir textos de un tipo diferente, una suerte de memoria en la cual él mismo pasaba a ser uno de los personajes centrales de lo que contaba. Este relato, un informe de sus experiencias en el mundo de los songhays, se convirtió en un análisis del choque entre su propio mundo y el de la brujería songhay. Por esto, el viaje de Stoller representa un intento de luchar con la crisis de la representación en este cuarto momento.

Clough (1998) articula los problemas que generó esta crisis, y critica a quienes argumentan que las nuevas formas de escritura constituyen un camino de escape. Escribe:

Si bien muchos sociólogos que abonan actualmente la crítica de la etnografía consideran la escritura «como algo nuclearmente central al proyecto etnográfico» [Van Maanen, 1988, pág. xi], los problemas de la escritura se consideran aun así diferentes a los del método o el tra-

bajo de campo considerados en sí mismos. Por ende, la solución que usualmente se ofrece consiste en la experimentación con la escritura, esto es, en un modo de escribir autoconsciente (pág. 136).

Lo que debemos analizar es, precisamente, esta insistencia en la distinción entre escritura y trabajo de campo. (Richardson y St. Pierre articulan con bastante profundidad el problema en el Capítulo 38 de este *Manual*.)

Al escribir, el trabajador de campo se arroga autoridad científica y moral, y es una reivindicación de este tipo lo que les permite a los textos etnográficos realistas y experimentalistas presentarse como fuente de validez para una ciencia empírica. Muestran que el mundo de la experiencia vivida en la realidad todavía puede asirse, al menos en las memorias, los experimentos ficcionales o las lecturas teatralizadas del escritor. Pero estos trabajos comportan el riesgo de alejar la atención de los modos en que el texto construye individuos situados sexualmente en un campo de diferencias sociales. Asimismo, estos textos perpetúan la «hegemonía de la ciencia empírica» (Clough, 1998, pág. 8), desde el momento en que estas nuevas tecnologías del sujeto basadas en la escritura se convierten en el sitio «para la construcción de saber-poder [...] alineada con] el eje capital-Estado» (Aronowitz, 1988, pág. 300. Citado en Clough, 1998, pág. 8). Estos experimentos aparecen contra (y se repliegan frente a) la diferencia entre ciencia empírica y crítica social. Muy a menudo, carecen de compromiso pleno con una política de la textualidad que «rechaza la identidad de la ciencia empírica» (Clough, 1998, pág. 135). Esta nueva crítica social «ha de intervenir en la relación entre economía de la información, política del Estado-nación y medios de comunicación masivos, especialmente en relación con la función de las ciencias empíricas» (Clough, 1998, pág. 16). Por supuesto, éste es el terreno que ocupan los estudios culturales.

En el Capítulo 38 de esta obra, Richardson y St. Pierre desarrollan los argumentos mencionados arriba, señalando que la escritura es un método de investigación que pasa por etapas sucesivas de autorreflexión. Como una serie de representaciones escritas, el texto resultante del trabajo de campo fluye de la experiencia del campo a trabajos intermedios, trabajos avanzados y, finalmente, al texto de la investigación, que constituye la presentación pública de la experiencia etnográfica y narrativa. De este modo se entremezclan la escritura y el trabajo de campo. Al final del recorrido, no hay diferencias entre una y otro. Estas dos perspectivas se constituyen la una a la otra a lo largo de cada capítulo de esta obra. En este sentido, la crisis de la representación mueve a la investigación cualitativa en nuevas direcciones críticas.

Una triple crisis

Hoy en día, incluso, la autoridad del etnógrafo se encuentra bajo ataque (Behar, 1995, pág. 3; Gupta y Ferguson, 1997, pág. 16; Jackson, 1998; Ortner, 1997, pág. 2). Los investigadores cualitativos en las disciplinas humanas enfrentan, de hecho, una triple crisis: de representación, de legitimación y de praxis. Integradas en los discursos del posestructuralismo y del posmodernismo (Vidich y Lyman, 2000; véase también Richardson y St. Pierre, Capítulo 38 de este *Manual*), estas tres crisis se codifican con términos diversos, alternativamente denominadas según (y asociadas con) los giros *crítico*, *interpretativo*, *lingüístico*, *feminista* y *retórico* de la teoría social. Estos sucesivos giros vuelven problemáticas dos asunciones clave de la investigación cualitativa. En primer lugar, los investigadores cualitativos ya no pueden captar la experiencia vivida directamante. Esta experiencia, se dice, se crea en el texto social que escribe el investigador. Un cuestionamiento semejante corresponde a la crisis de la representación: el problema ineludible de la representación aparece en un marco tal que el vínculo directo entre experiencia y texto es cuestionado.

La segunda suposición vuelve problemáticos los criterios tradicionales con que se evalúa e interpreta la investigación cualitativa. Ésta es la crisis de legitimación, y comporta una necesidad de redefinir términos como *validez*, *generalización*, *confiabilidad*, etc., términos ya reteorizados una y otra vez en los discursos pospositivista (Hammersley, 1992), constructivista-naturalista (Guba y Lincoln, 1989, pág. 163-183), feminista (Olesen, Capítulo 10 en este *Manual*), interpretativo y performativo (Denzin, 1997, 2003); posestructuralista (Lather, 1993; Lather y Smithies, 1997) y crítico (Kincheloe y McLaren, Capítulo 12 en esta misma obra). Esta crisis abre la pregunta acerca de cómo evaluar el estudio cualitativo en nuestro momento actual posestructuralista. Las primeras dos crisis dan forma a la tercera, que dispara la pregunta: ¿es posible efectuar cambios en el mundo cuando uno considera que la sociedad es sólo (y siempre) un texto? Estas crisis se interconectan y desdibujan sus límites, como lo hacen las respuestas a las preguntas que generan (véanse Ladson-Billings, 2000; Schwandt, 2000; Smith y Deemer, 2000).

Durante el quinto momento, el período posmoderno de la escritura etnográfica experimental, los mayores esfuerzos se dirigieron a dotar de sentido a estas crisis. Nuevas formas de composición etnográfica se pusieron a prueba (Ellis y Bochner, 1996) y las teorías comenzaron a leerse como narraciones del campo. Los autores buscaron diferentes formas de representar al «Otro», si bien la cuestión misma de la representación ya se había vuelto un asunto problemático (Fine, Weis, Weseen y Wong, 2000; véase también Fine y Weis, Capítulo 3

en este *Manual*). Aparecieron así epistemologías procedentes de grupos que antes habían estado silenciados, en un intento de solucionar estos problemas. El concepto del observador distante fue dejado de lado: la investigación-acción, participativa y orientada al activismo definían el nuevo horizonte. La búsqueda de grandes relatos fue reemplazada por teorías de pequeña escala, más localizadas, ajustadas a problemas y situaciones específicas.

El sexto momento, el período de la investigación posexperimental (1995-2000), se caracterizó por un gran entusiasmo, con la editorial AltaMira Press, entonces bajo la dirección de Mitch Allen, a la vanguardia del movimiento. La colección titulada *Ethnographic Alternatives*, que editaban Carolyn Ellis y Arthur Bochner, captó este nuevo entusiasmo y acercó a un gran número de nuevos autores a la comunidad interpretativa. La siguiente descripción de la colección por parte del titular de AltaMira Press refleja su característico acento experimental: «*Ethnographic Alternatives* ofrece formas experimentales de escritura cualitativa que trascienden las fronteras entre ciencias sociales y humanidades. Algunos de los títulos de la colección... experimentan con formas innovadoras de dar cuenta de la experiencia vivida, incluyendo representaciones literarias, poéticas, autobiográficas, conversacionales, críticas, visuales y performativas, de construcción colaborativa y abiertas a múltiples voces».

Durante este período, salieron a la luz dos nuevas revistas académicas de investigación cualitativa: *Qualitative Inquiry* y *Qualitative Research*. Los editores de estas publicaciones tomaron el compromiso de publicar lo mejor de los nuevos trabajos que se desarrollaban en el área. El éxito de ambas iniciativas configuró el marco del séptimo momento, que llamamos el presente de las luchas metodológicas (2000-2004). Como hemos dicho, éste es un momento de conflicto, tensiones agudas y, en algunos puntos, también de repliegue.

El octavo momento habla de hoy, es decir del futuro (2005-). En este momento, los investigadores estamos luchando contra el retroceso asociado con la «ciencia de Bush» y el movimiento de investigación social basado en la evidencia.

Una lectura de la historia

Podemos extraer numerosas conclusiones de esta breve historia, tomando nota de que todas las historias son, en alguna medida, arbitrarias. En primer lugar, cada uno de los momentos históricos previos opera todavía en el presente, ya sea como un legado o como un conjunto de prácticas con el cual (o contra el cual) los investigadores continúan trabajando. Las historias múltiples y fragmentarias de la investigación

cualitativa hacen que hoy sea posible armar un proyecto con un texto canónico tomado de alguno de los momentos históricos arriba descritos. Los criterios de evaluación que se disputan la primacía en este campo son múltiples. En segundo lugar, actualmente este campo se caracteriza por un excesivo número de opciones. Nunca antes los investigadores tuvieron tantos paradigmas, estrategias de investigación y métodos de análisis a su disposición como hoy en día. En tercer lugar, nos encontramos en un momento de descubrimientos y redescubrimientos, en el que se discuten nuevas formas de mirar, interpretar, argumentar y escribir. En cuarto lugar, el acto de investigación cualitativa ya no puede considerarse desde una perspectiva positivista neutral u objetiva. La clase social, la raza, la etnicidad y el género dan forma a la investigación, y la caracterizan como un proceso intrínsecamente multicultural. En quinto lugar, claramente tratamos de alejarnos de una narrativa centrada en la noción de progreso en nuestra historia del campo. No decimos que estemos ahora en el filo del futuro. Decimos que el presente es un espacio políticamente cargado, en el cual operan presiones complejas que proceden desde dentro y fuera de la comunidad cualitativa, orientadas a borrar los desarrollos positivos de los últimos treinta años.

La investigación cualitativa como proceso

Tres actividades con orientación genérica, e interconectadas entre sí, definen el proceso de investigación cualitativa y cubren un amplio espectro de etiquetas como *teoría*, *análisis*, *ontología*, *epistemología*, *metodología*, entre otras. Detrás de estos términos se encuentra la biografía personal del investigador, quien habla desde una perspectiva particular de clase, género, raza, cultura y etnia. Desde este posicionamiento multicultural y de género, el investigador vuelve su mirada sobre el mundo con un conjunto de ideas, un cierto marco (la teoría, la ontología) que especifica una serie de interrogantes (la epistemología), que examina de un modo específico (la metodología, el análisis). Es decir que el investigador recaba el material empírico relacionado con el problema, y luego produce análisis y escritura sobre ese material. Cada investigador habla desde una comunidad interpretativa peculiar, que le es propia, y que configura, a su manera, los componentes culturales y genéricos del acto de investigación.

En este libro, trataremos estas actividades con orientación genérica en cinco categorías o fases: el investigador y el investigado como sujetos multiculturales; los principales paradigmas y las perspectivas interpretativas; las estrategias de investigación; los métodos de recolección y análisis de materiales empíricos y, por último, el arte de la

interpretación. Detrás y en medio de cada una de estas fases se encuentra el investigador situado biográficamente, como un individuo que accede al proceso de investigación desde dentro de una comunidad interpretativa, la que a su vez tiene sus propias tradiciones históricas de investigación, que constituyen distintos puntos de vista. En función de estos puntos de vista, el investigador adquiere una mirada particular sobre el «Otro» que está siendo estudiado. Simultáneamente, debe considerarse el tema de la política y la ética de la investigación, en la medida en que estas preocupaciones están presentes en todas las fases del proceso investigativo.

El Otro como objeto de investigación

Desde su nacimiento a comienzos del siglo XX, como práctica interpretativa moderna, la investigación cualitativa debió sufrir la angustia provocada por un fantasma de dos caras. Por una parte, los investigadores cualitativos supusieron que, como observadores competentes y calificados, podían construir conocimiento objetivo, claro y preciso a partir de sus propias observaciones del mundo social, incluyendo las experiencias de los otros. Por otra parte, sostuvieron la creencia en un sujeto o individuo real, presente en el mundo y capaz, en cierto sentido, de comunicar sus propias experiencias. Armados de estas dos herramientas, los investigadores podrían integrar sus propias observaciones con la información provista por los sujetos estudiados, a partir de entrevistas e historias de vida, relatos de experiencias personales y documentos surgidos del estudio de casos.

Estas dos creencias llevaron a los investigadores cualitativos en el ámbito de numerosas disciplinas a la búsqueda de un método que les permitiera registrar adecuadamente sus observaciones y, al mismo tiempo, revelar los significados que los sujetos investigados daban a sus experiencias vitales. Un método de este tipo dependía de la expresión oral y escrita del significado de parte de los individuos estudiados, entendida como una ventana hacia sus vidas interiores. Desde Dilthey (1900/1976), esta búsqueda de un método llevó a que los investigadores, de modo permanente, pusieran el foco en métodos cualitativos interpretativos para las disciplinas humanas.

En años recientes, como hemos dicho, este sistema de creencias sufrió un sostenido asedio. Autores posestructuralistas y posmodernos contribuyeron a diseminar la idea de que no existe algo así como una ventana claramente asequible a la vida interior de un individuo. En toda mirada se filtra la influencia de los lentes del lenguaje, el género, la clase social, la raza y la etnia. No existen, pues, observaciones objetivas, sino sólo observaciones situadas socialmente en (y entre) los

mundos del sujeto observador y el observado. Los sujetos, los individuos, raramente tienen la capacidad de dar una explicación completa de sus acciones o intenciones; todo lo que pueden ofrecer son reconstrucciones y relatos respecto de lo que hicieron y por qué. Ningún método es capaz de captar todas las sutiles variaciones de la experiencia humana corriente. Por consiguiente, los investigadores cualitativos despliegan una amplia gama de métodos interpretativos interconectados, buscando siempre nuevos modos de hacer entendibles los mundos de experiencia estudiados.

El Cuadro 1.1 describe las relaciones que vemos en las cinco fases que definen el proceso de investigación. Detrás de todas y cada una de estas etapas se encuentra el sujeto ubicado biográficamente. Estos cinco niveles de actividad, o práctica, operan dentro de la biografía del investigador. Aquí las expondremos brevemente; discutiremos más en detalle estas fases en cada una de las introducciones a las partes del libro.

Fase 1: el investigador

Las observaciones hechas hasta aquí indican el grado y la complejidad de las perspectivas tradicionales y aplicadas de investigación cualitativa, desde las cuales trabajan investigadores situados socialmente. Estas tradiciones emplazan al investigador en la historia, guiando y restringiendo, simultáneamente, el trabajo que puede hacerse en un estudio específico. Este campo se caracterizó desde siempre por la diversidad y el conflicto, y éstas son sus tradiciones más duraderas (véase Greenwood y Levin, Capítulo 2 en este *Manual*). Llevando consigo esta historia compleja y contradictoria, el investigador debe enfrentar también los problemas de la ética y la política de la investigación (véanse, en esta obra, Fine y Weis, Capítulo 3; Bishop, Capítulo 5; Christians, Capítulo 6). Ya no es una opción válida en ciencias humanas arrogarse la garantía de la investigación libre de valores al estudiar al nativo, al Otro indígena. Hoy en día, por el contrario, los investigadores luchan por desarrollar éticas situacionales y transituacionales, aplicables a todas las formas del acto de investigación y a todas las relaciones interhumanas que éste implica. Pues ya no podemos aplazar el proyecto de descolonización.

Fase 2: paradigmas interpretativos

Todo investigador cualitativo es un filósofo «en el sentido universal de que todos los seres humanos [...] siguen principios altamente

abstractos» (Bateson, 1972, pág. 320). Estos principios combinan creencias ontológicas (¿qué clase de ser es el ser humano?, ¿cuál es la naturaleza de la realidad?), epistemológicas (¿cuál es la relación entre el investigador y su objeto de conocimiento?) y metodológicas (¿de qué manera tenemos, o generamos, conocimiento del mundo?) (Véanse Guba, 1990, pág. 18; Lincoln y Guba, 1985, págs. 14-15; véase también Guba y Lincoln, Capítulo 8 de este *Manual*). Estas creencias dan forma al modo en que el investigador cualitativo ve el mundo y actúa en él. El investigador se encuentra siempre «aferrado a una red de premisas epistemológicas y ontológicas que, más allá de su verdad o falsedad en términos absolutos, tienen parcialmente carácter autovalidatorio» (Bateson, 1972, pág. 314).

La red que contiene estas premisas epistemológicas, ontológicas y metodológicas puede recibir el nombre de *paradigma* o marco interpretativo, «un conjunto básico de creencias que guía la acción» (Guba, 1990, pág. 17). Toda investigación es interpretativa; en alguna medida, es el resultado de las creencias y los sentimientos del investigador sobre el mundo, sobre la manera de estudiarlo y de comprenderlo. Algunas creencias pueden darse por entendidas y permanecen invisibles, como puras suposiciones, mientras que otras, por el contrario, son muy problemáticas y controversiales. Cada paradigma interpretativo le formula demandas específicas al investigador, incluyendo las preguntas que el investigador se formula y las interpretaciones que da de ellas.

En el nivel más general, cuatro paradigmas principales estructuran la investigación cualitativa: el positivista y el pospositivista, el constructivista interpretativo, el crítico (marxista, emancipatorio) y el feminista posestructural. Estos cuatro paradigmas abstractos se vuelven complejos en el nivel más concreto de las comunidades interpretativas específicas. En este nivel es posible identificar no sólo el constructivismo, sino también múltiples versiones del feminismo (afrocéntrico y posestructural),¹⁷ tanto como diversos paradigmas étnicos, marxistas y culturalistas específicos. En el Volumen II de esta obra se examinan en detalle estas perspectivas, o paradigmas.

Estos paradigmas funcionan en contra del modelo positivista-pospositivista, pero también junto a él y, a veces, dentro de él. Todos operan con ontologías relativistas (realidades de construcción múltiple), epistemologías interpretativas (el investigador y el sujeto investigado interactúan y se dan forma el uno al otro) y métodos interpretativos y naturalistas.

¹⁷ Olesen (Capítulo 10 de este *Manual*) identifica tres corrientes de investigación feminista: el empirismo dominante, los estudios culturales y el punto de vista, y el posestructuralismo posmoderno. Ella sitúa los modelos afrocéntricos bajo las categorías de los estudios culturales y el posmodernismo.

El Cuadro 1.2 presenta estos paradigmas y sus respectivas premisas, incluyendo los criterios para la evaluación del trabajo de investigación y la forma típica que asume un enunciado interpretativo o teórico en cada paradigma.¹⁸ Estos paradigmas son explorados en profundidad en el Volumen II por Guba y Lincoln (Capítulo 8), Olesen (Capítulo 10), Ladson-Billings y Donnor (Capítulo 11), Kincheloe y McLaren (Capítulo 12), Saukko (Capítulo 13) y Plummer (Capítulo 14). En cuanto a los paradigmas positivista y pospositivista, ya los hemos comentado arriba. Son paradigmas que operan dentro de una ontología realista o realista-crítica, dentro de epistemologías objetivistas y sobre la base del examen experimental o cuasiexperimental y de metodologías cualitativas claramente definidas. Ryan y Bernard (2000) desarrollaron los elementos centrales de este paradigma.

Cuadro 1.1 El proceso de investigación

Fase 1: El investigador como sujeto multicultural

Historia y tradiciones de investigación
Concepciones del *self* y del Otro
Ética y política de la investigación

Fase 2: Paradigmas y perspectivas teóricas

Positivismo, neopositivismo
Interpretativismo, constructivismo, hermenéutica
Feminismo(s)
Discursos con orientación racial
Teoría crítica y modelos marxistas
Modelos procedentes de los estudios culturales
Teoría *queer*

Fase 3: Estrategias de investigación

Diseño
Estudio de casos

¹⁸ Éstos son, por supuesto, los términos de nuestra interpretación de estos paradigmas y estilos interpretativos.

Etnografía, observación participante, etnografía performativa
 Fenomenología, etnometodología
 Teoría fundamentada
 Historias de vida, *testimonios*
 Métodos históricos
 Investigación-acción, investigación aplicada
 Investigación clínica

Fase 4: Métodos de recolección y análisis de datos

Entrevista
 Observación
 Artefactos, documentos, registros
 Métodos visuales
 Autoetnografía
 Métodos de manejo de datos
 Análisis asistido por computadora
 Análisis textual
 Grupo focal
 Etnografía aplicada

Fase 5: El arte, la práctica y la política de la interpretación y la evaluación

Criterios para juzgar la adecuación
 Prácticas y políticas de la investigación
 La escritura como interpretación
 Análisis de políticas
 Tradiciones de evaluación
 Investigación aplicada

Cuadro 1.2 Paradigmas interpretativos

<i>Paradigma/ Teoría</i>	<i>Criterios</i>	<i>Forma de la teoría</i>	<i>Tipo de narrativa</i>
Positivista/ pospositivista	Validez interna y externa	Fundamentada, lógico- deductiva	Informe científico
Constructivista	Confiabilidad, credibili- dad, transferibilidad, confirmabilidad	Sustantiva- formal	Estudio interpretativo de casos, ficción etnográfica
Feminista	Afrocéntrico, experiencia vital, diálogo, cuidado, responsabilidad, raza, clase, género, reflexibilidad, praxis, emoción, fundamenta- ción concreta	Crítica, basada en un punto de vista	Ensayos, relatos, escritura experimental
Étnico las,	Afrocéntrico, experiencia vital, diálogo, cuidado, responsabilidad, raza, género, clase	Crítica, histórica, basada en un punto de vista	Ensayos, fábula, dramas
Marxista	Teoría emancipatoria, falseabilidad dialógica, raza, clase, género	Crítica, histórica, económica	Análisis histórico, económico y sociocultural
Estudios culturales	Prácticas culturales, praxis, textos sociales, subjetividades	Crítica social	Teoría cultural como crítica
Teoría <i>queer</i>	Reflexividad, deconstrucción	Crítica social, análisis histórico	Teoría como crítica, autobiografía

El paradigma constructivista presupone una ontología relativista (existen múltiples realidades), una epistemología subjetivista (el investigador y el investigado co-crean el conocimiento) y un conjunto de procedimientos metodológicos naturalistas (en el mundo real). A menudo,

los descubrimientos son dados a conocer en los términos de los criterios de la teoría fundamentada o la *pattern theory* (véanse, en este *Manual*, Guba y Lincoln, Capítulo 8; Charmaz, Capítulo 20; véase también Ryan y Bernard, 2000). Términos como *credibilidad*, *transferabilidad*, *dependibilidad* y *confirmabilidad* reemplazan los criterios positivistas usuales de validez externa, interna, confiabilidad y objetividad.

Los modelos procedentes del feminismo, la teoría étnica, el marxismo, los estudios culturales y la teoría *queer* privilegian una ontología realista-materialista; es decir, el mundo real es lo que produce una «diferencia material» en términos de raza, clase y género. También se emplean epistemologías subjetivistas y metodologías naturalistas (usualmente etnográficas). Tanto los materiales empíricos como los argumentos teóricos son evaluados según sus implicaciones emancipatorias. Diversos criterios procedentes de las comunidades de género y de raza (por ejemplo, afro-estadounidenses) pueden, asimismo, ser aplicados: la emotividad y los sentimientos, el cuidado, la responsabilidad personal, el diálogo, etcétera.

Las teorías del feminismo posestructuralista enfatizan los problemas del texto social, su lógica y su incapacidad para representar completamente el mundo de la experiencia vital. Los criterios positivistas y pospositivistas de evaluación son reemplazados por otros, incluyendo el texto reflexivo, polifónico, basado en las experiencias de personas oprimidas.

Los paradigmas de los estudios culturales y la teoría *queer* son multifocales, e incluyen muchas facetas diferentes, desde el marxismo hasta el feminismo y la sensibilidad posmoderna (véanse, en este *Manual*, Saukko, Capítulo 13; Plummer, Capítulo 14; Richardson y St. Pierre, Capítulo 38). Existe una tensión entre una rama humanista de los estudios culturales, orientada a la experiencia vital y el significado, y un proyecto más estructuralista de estudios culturales que busca las determinaciones estructurales y materiales (raza, clase, género) y sus efectos de experiencia. Por supuesto, cada moneda tiene dos caras, y las dos caras son necesarias. Después de todo, las dos son facetas, ambas críticas, de la misma escuela. Los estudios culturales y la teoría *queer* usan los métodos de manera estratégica, es decir, como recursos para la comprensión y producción de resistencias en estructuras locales de dominación. Los académicos pueden realizar, desde esta perspectiva, análisis textuales y discursivos detallados (véanse Olesen, Capítulo 10; Saukko, Capítulo 13; Chase, Capítulo 25, en esta obra), tanto como pesquisas etnográficas locales, *online*, reflexivas y críticas, entrevistas de final abierto y observación participante. El foco está puesto en el modo en el que la raza, la clase social y el género se producen y «actúan» en circunstancias sociales específicas.

Con el paradigma y la historia personal disponibles, el investi-

gador, centrado en el examen de un problema empírico concreto, ahora se desplaza hacia la siguiente etapa del proceso de investigación, a saber, el trabajo con una estrategia concreta de investigación.

Fase 3: Estrategias de investigación y paradigmas interpretativos.

El Cuadro 1.1 nos muestra algunas de las principales estrategias de investigación que un investigador puede emplear. La tercera fase comienza con el diseño de la investigación, que involucra, en términos amplios, un interés focal en el problema para investigar, los propósitos de la investigación y la cuestión de «qué información puede dar las respuestas más apropiadas al problema de investigación y qué estrategias resultan efectivas para obtener esa información» (LeCompte y Preissle, 1993, pág. 30; véase también Cheek, Capítulo 15 en este *Manual*). A grandes rasgos, el diseño de una investigación describe un conjunto flexible de pautas, que conectan los paradigmas teóricos con estrategias de investigación, en primer lugar, y con métodos para obtener material empírico, en segundo lugar. El diseño de una investigación ubica al investigador en el mundo empírico y lo conecta con determinados lugares, personas, grupos, instituciones y cuerpos de material relevante para la interpretación, incluyendo documentos y archivos. Del mismo modo, el diseño de una investigación especifica el modo en que el investigador abordará los aspectos críticos de la representación y la legitimación.

Por su parte, una estrategia de investigación involucra un puñado de habilidades, presunciones y prácticas que el investigador emplea a medida que se mueve del paradigma al mundo empírico. En este sentido, las estrategias de investigación ponen en movimiento los paradigmas. Al mismo tiempo, las estrategias de investigación vinculan al investigador con distintos métodos de recolección y análisis del material empírico. Por tomar un ejemplo, el estudio de casos funciona sobre la base de entrevistas, observaciones y análisis de documentos. Las estrategias de investigación implementan y anclan los paradigmas en contextos empíricos o prácticas metodológicas específicas, tales como la práctica de hacer de un caso, un objeto de estudio. Además del estudio de casos, vale la pena mencionar ejemplos como las técnicas fenomenológicas y etnometodológicas, el uso de teoría fundamentada, los métodos biográficos, autoetnográficos, históricos, clínicos, así como el método de la investigación-acción. Cada una de estas estrategias se vincula con una compleja bibliografía; cada una tiene su particular historia, sus trabajos ejemplares y sus modos favoritos de poner la investigación en marcha.

Fase 4: Métodos de recolección y análisis del material empírico

Los investigadores cualitativos emplean diferentes métodos para recabar material empírico.¹⁹ Estos métodos, expuestos en detalle en el Volumen IV, incluyen la entrevista, la observación directa, el análisis de artefactos, documentos y registros culturales; el uso de materiales visuales, y el uso de la experiencia personal. Igualmente, el investigador puede leer y analizar entrevistas o textos culturales de muy distintos modos, incluyendo estrategias orientadas al contenido, la narrativa y la semiótica. Enfrentado con grandes volúmenes de material cualitativo, el investigador desarrolla formas de organizar e interpretar los documentos; en este punto, los métodos de manejo de datos o de análisis asistido por computadora pueden ser útiles.

Fase 5: El arte y la política de la interpretación y la evaluación

La investigación cualitativa es ilimitadamente creativa e interpretativa. El investigador no se limita a dejar atrás el campo con una pila de material empírico y la voluntad de poner por escrito sus descubrimientos. Las interpretaciones cualitativas surgen de un proceso de construcción. En primer lugar, el investigador crea un registro de sus experiencias en el campo, que consiste en notas y documentos (lo que Roger Sanjek [1990, pág. 386] llama «indexing» y David Plath [1990, pág. 374], «filework»). En un segundo momento, el escritor, en cuanto intérprete, parte de este texto para producir un texto de investigación que consiste en notas e interpretaciones basadas en los textos de campo. Luego, este texto de investigación es reescrito como un documento interpretativo funcional, que contiene los intentos iniciales del investigador para dar significado a lo que estudió. Por último, el investigador produce el texto final, que llega a los lectores. Este último relato del campo puede asumir muchas formas: confesional, realista, impresionista, crítica, formal, literaria, analítica, teoría fundamentada, etcétera (véase Van Maanen, 1988).

La práctica interpretativa de construir sentido a partir de los propios descubrimientos es, a la vez, artística y política. Hoy en día existen múltiples criterios de evaluación de la investigación cualitativa; los que enfatizamos apuntan a las estructuras situadas, relacio-

¹⁹ *Materiales empíricos* es nuestro término de preferencia para lo que antes se describía como «datos».

nales y textuales de la práctica interpretativa. No existe una verdad interpretativa única. Como mencionábamos antes, existen múltiples comunidades interpretativas, cada una con sus propios criterios para evaluar las interpretaciones.

La evaluación de los programas de investigación es un área importante de los estudios cualitativos, a través del cual los investigadores pueden tener influencia sobre las políticas sociales de modos muy importantes. Los capítulos de Greenwood y Levin (Capítulo 2), Kemmis y McTaggart (Capítulo 23), Miller y Crabtree (Capítulo 24), Tedlock (Capítulo 18), Smith y Hodgkinson (Capítulo 36) y House (Capítulo 42) trazan y exponen la rica historia de la investigación cualitativa aplicada a las ciencias sociales. En este punto crítico, la teoría y el método, la praxis, la acción y la política se funden. Los investigadores cualitativos pueden identificar poblaciones a ser estudiadas, mostrar los efectos inmediatos de ciertos programas sobre esas poblaciones y aislar las limitaciones que actúan contra cambios políticos en esos contextos. Los investigadores cualitativos orientados a la acción y a la clínica también pueden crear espacios donde los sujetos estudiados (el Otro) puedan expresarse. El evaluador deviene así un mero conducto para que sus voces sean escuchadas.

Un puente entre los momentos históricos: ¿qué viene después?

Según argumentan Richardson y St. Pierre en el Capítulo 38 de este *Manual*, nos encontramos en el período «post-post»: post-estructuralismo, post-posmodernismo, post-posexperimentalismo. No está claro todavía qué implicancias tiene este pasaje para la práctica etnográfica interpretativa, pero sí es seguro que ya nada será igual que antes. Estamos entrando en una nueva era, en la cual los textos estarán tramados por voces múltiples y formas de crítica complejas e inciertas; la innovación en el trabajo experimental se volverá más común, como también las formas autorreflexivas del trabajo de campo, el análisis y la representación intertextual. En el ensayo final de nuestra obra, nos ocupamos de estos últimos momentos (sexto, séptimo, octavo y noveno). Lo cierto es que, como decía el poeta, el centro ya no existe. Y lo que debemos pensar ahora es qué habrá en el nuevo centro.

De este modo cerramos el círculo. Volviendo a nuestra metáfora del puente, los capítulos que siguen llevan al investigador a un lado y otro de cada una de las etapas del acto de investigación. Como buenos puentes que son, los capítulos permiten el tráfico en dos direcciones entre cada una de las fases, formaciones y comunidades interpretati-

vas. Cada capítulo provee un examen de la historia, las controversias y las prácticas actuales asociadas con cada paradigma, estrategia y método, así como una proyección respecto de lo que ocurrirá con tales paradigmas y métodos en los próximos diez años, es decir, a lo largo de los años formativos del siglo XXI.

Durante la lectura de los próximos capítulos, tanto de este volumen como de los siguientes, es importante mantener presente que el campo de la investigación cualitativa se define, antes que nada, por una serie de tensiones, contradicciones y vacilaciones. Estas tensiones operan, de un modo u otro, en el interior y en el medio de la amplia y dudosa sensibilidad posmoderna, las concepciones positivista, pospositivista y naturalista, más tradicionales e indentificables, y un entorno global neoliberal, cada vez más conservador. Cada uno de los textos que siguen articulan y quedan atrapados por estas tensiones.

Referencias bibliográficas

- Alasuutari, P. (2004). «The globalization of qualitative research», en C. Seale, G. Gobo, J. F. Gubrium y D. Silverman (comps.), *Qualitative Research Practice*, Londres, Sage, págs. 595-608.
- Aronowitz, S. (1988). *Science as Power: Discourse and Ideology in Modern Society*, Mincápolis, University of Minnesota Press.
- Atkinson, E. (2004). «Thinking outside the box: An exercise in heresy», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 111-129.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an Ecology of Mind*, Nueva York, Ballantine.
- Battiste, M. (2000). «Introduction: Unfolding lessons of colonization», en M. Battiste (comp.), *Reclaiming Indigenous Voice and Vision*, Vancouver, University of British Columbia Press, págs. xvi-xxx.
- Becker, H. S. (1970). «Problems of inference and proof in participant observation», en H. S. Becker, *Sociological Work: Method and Substance*, Chicago, Aldine (tomado de *American Sociological Review*, 1958, 23, págs. 652-660).
- Becker, H. S. (1986). *Doing Things Together*, Evanston (Illinois), Northwestern University Press.
- Becker, H. S. (1996). «The epistemology of qualitative research», en R. Jessor, A. Colby y R. A. Shweder (comps.), *Ethnography and Human Development: Context and Meaning in Social Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press, págs. 53-71.
- Becker, H. S. (1998). *Tricks of the Trade: How to Think About Your Research While You're Doing It*, Chicago, University of Chicago Press.
- Becker, H. S., Geer, B., Hughes, E. C. y Strauss, A. L. (1961). *Boys in White: Student Culture in Medical School*, Chicago, University of Chicago Press.
- Behar, R. (1995). «Introduction: Out of exile», en R. Behar y D. A. Gordon (comps.), *Women Writing Culture*, Berkeley, University of California Press, págs. 1-29.
- Bloch, M. (2004). «A discourse that disciplines, governs and regulates: The National Research Council's report on scientific research in education», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 96-110.
- Bochner, A. P. y Ellis, C. (comps.) (2002). *Ethnographically Speaking: Autoethnography, Literature and Aesthetics*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Bogdan, R. y Taylor, S. J. (1975). *Introduction to Qualitative Research Methods: A Phenomenological Approach to the Social Sciences*, Nueva York, John Wiley.
- Campbell, D. T. y Stanley, J. C. (1963). *Experimental and Quasi-experimental Designs for Research*, Chicago, Rand McNally.
- Cannella, G. S. y Lincoln, Y. S. (2004a). «Dangerous discourses II: Comprehending and countering the redeployment of discourses (and resources) in the generation of liberatory inquiry», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 165-174.
- Cannella, G. S. y Lincoln, Y. S. (2004b). «Epilogue: Claiming a critical public social science -reconceptualizing and redeploying research», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 298-309.
- Carey, J. W. (1989). *Communication as Culture: Essays on Media and Society*, Boston, Unwin Hyman.
- Cicourel, A. V. (1964). *Method and Measurement in Sociology*, Nueva York, Free Press.
- Clifford, J. (1988). *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature and Art*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Clifford, J. y Marcus, G. E. (comps.) (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.
- Clough, P. T. (1998). *The End(s) of Ethnography: From Realism to Social Criticism*, Nueva York, Peter Lang, 2ª edición.

- Cook, D. A. (1981). *A History of Narrative Film*, Nueva York, W. W. Norton.
- Creswell, J. W. (1998). *Qualitative Inquiry and Research Design: Choosing among Five Traditions*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Danermark, B., Ekström, M., Jakobsen, L. y Karlsson, J. C. (2002). *Explaining Society: Critical Realism in the Social Sciences*, Londres, Routledge.
- de Certeau, M. (1984). *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press. [Hay traducción en castellano: *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, 1999.]
- Denzin, N. K. (1970). *The Research Act*, Chicago, Aldine.
- Denzin, N. K. (1978). *The Research Act: A Theoretical Introduction to Sociological Methods*, Nueva York, McGraw-Hill, 2ª edición.
- Denzin, N. K. (1997). *Interpretive Ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. K. (2003). *Performance Ethnography: Critical Pedagogy and the Politics of Culture*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Dilthey, W. L. (1976). *Selected Writings*, Cambridge, Cambridge University Press (originalmente publicado en 1900).
- Diversi, M. (1998). «Glimpses of street life: Representing lived experience through short stories», *Qualitative Inquiry*, 4, págs. 131-137.
- Ellis, C. (2004). *The Ethnographic I: A Methodological Novel about Autoethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Ellis, C. y Bochner, A. P. (comps.) (1996). *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Filstead, W.J. (comp.) (1970). *Qualitative Methodology*, Chicago, Markham.
- Fine, M., Weis, L., Weseen, S. y Wong, L. (2000). «For whom? Qualitative research, representations, and social responsibilities», en N.K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 107-131.
- Flick, U. (2002). *An Introduction to Qualitative Research*, Londres, Sage, 2ª edición.
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Nueva York, Basic Books. [Hay traducción en castellano: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992.]

- Geertz, C. (1983). *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Nueva York, Basic Books. [Hay traducción en castellano: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994.]
- Geertz, C. (1988). *Works and Lives: the Anthropologist as Author*, Stanford (California), Stanford University Press.
- Glaser, B. G. (1992). *Emergence vs. Forcing: Basics of Grounded Theory*, Mill Valley (California), Sociology Press.
- Glaser, B. G. y Strauss, A. L. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Chicago, Aldine.
- Goodball, H. L. (h.) (2000). *Writing the New Ethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Gordon, D. A. (1995). «Culture writing women: Inscribing feminist anthropology», en R. Behar y D. A. Gordon (comps.), *Women Writing Culture*, Berkeley, University of California Press, págs. 429-441.
- Greenblatt, S. (1997). «The touch of the real», en S. B. Ortner (comp.), *The Fate of «Culture»: Geertz and Beyond. Representations*, 59 (número especial), págs. 14-29.
- Guba, E. G. (1990). «The alternative paradigm dialog», en E. G. Guba (comp.), *The Paradigm Dialog*, Newbury Park (California), Sage, págs. 17-30.
- Guba, E. G. y Lincoln, Y. S. (1989). *Fourth Generation Evaluation*, Newbury Park (California), Sage.
- Gupta, A. y Ferguson, J. (comps.) (1997). «Discipline and Practice: "The Field" as Site, Method, and Location in Anthropology», en A. Gupta y J. Ferguson (comps.), *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*, Berkeley, University of California Press, págs. 1-46.
- Hammersley, M. (1992). *What's Wrong With Ethnography? Methodological Explorations*, Londres, Routledge.
- Hammersley, M. (1999). «Not bricolage but boatbuilding: Exploring two metaphors for thinking about ethnography», *Journal of Contemporary Ethnography*, 28, págs. 574-585.
- Harper, D. (1987). *Working Knowledge: Skill and Community in a Small Shop*, Chicago, University of Chicago Press.
- Holman Jones, S. (1999). «Torch», *Qualitative Inquiry*, 5, págs. 235-250.
- hooks, b. (1990). *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics*, Boston, South End.

- Howe, K. R. (2004). «A Critique of experimentalism», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 42-61.
- Huber, J. (1995). «Centennial essay: Institutional perspectives on sociology», *American Journey of Sociology*, 101, págs. 194-216.
- Jackson, M. (1998). *Minima Ethnographica: Intersubjectivity and the Anthropological Project*, Chicago, University of Chicago Press.
- Jameson, F. (1991). *Postmodernism; or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press. [Hay traducción en castellano: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991.]
- Keller, C. M. y Keller, J. D. (1996). *Cognition and Tool Use: The Blacksmith at Work*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Kincheloc, J. L. (2001). «Describing the bricolage: Conceptualizing a new rigor in qualitative research», *Qualitative Inquiry*, 7, págs. 679-692.
- Ladson-Billings, G. (2000). «Socialized discourses and ethnic epistemologies», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 257-277.
- Lather, P. (1993). «Fertile obsession: Validity after poststructuralism», *Sociological Quarterly*, 35, págs. 673-694.
- Lather, P. (2004). «This is your father's paradigm: Government intrusion and the case of qualitative research in education», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 15-34.
- Lather, P. y Smithies, C. (1997). *Troubling the Angels: Women Living with HIV/AIDS*, Boulder (Colorado), Westview.
- LeCompte, M. D. y Preissle, J. (con Tesch, R.) (1993). *Ethnography and Qualitative Design in Educational Research*, Nueva York, Academic Press, 2ª edición.
- Lévi-Strauss, C. (1966). *The Savage Mind*, Chicago, University of Chicago Press, 2ª edición. [Hay traducción en castellano: *El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.]
- Lincoln, Y. S. (1999, junio). *Courage, Vulnerability and Truth*, Discurso dado durante la conferencia «Reclaiming voice II: Ethnographic inquiry and qualitative research in a postmodern age», University of California, Irvine.
- Lincoln, Y. S. y Cannella, G. S. (2004a). «Dangerous discourses: Methodological conservatism and governmental regimes of truth», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 5-14.

- Lincoln, Y. S. y Cannella, G. S. (2004b). «Qualitative research, power and the radical Right», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 175-201.
- Lincoln, Y. S. y Guba, E. G. (1985). *Naturalistic Inquiry*, Beverly Hills (California), Sage.
- Lincoln, Y. S. y Tierney, W. G. (2004). «Qualitative research and Institutional review boards», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 219-234.
- Lofland, J. (1971). *Analyzing Social Settings*, Belmont (California), Wadsworth.
- Lofland, J. (1995). «Analytic ethnography: Features, failings, and futures», *Journal of Contemporary Ethnography*, 24, págs. 30-67.
- Lofland, J. y Lofland, L. H. (1984). *Analyzing Social Settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*. Belmont (California), Wadsworth, 2ª edición.
- Lofland, J. y Lofland, L. H. (1995). *Analyzing Social Settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*. Belmont (California), Wadsworth, 3ª edición.
- Lofland, L. H. (1980). «The 1969 Blumer-Hughes talk», *Urban Life and Culture*, 8, págs. 248-260.
- Malinowski, B. (1948). *Magic, Science and Religion, and Other Essays*. Nueva York, Natural History Press (publicado originalmente en 1916). [Hay traducción en castellano: *Magia, ciencia y religión*, Planeta DeAgostini, Buenos Aires, 1985, entre otras versiones.]
- Malinowski, B. (1967). *A Diary in the Strict Sense of the Term*, Nueva York, Harcourt, Brace & World.
- Marcus, G. E. y Fischer, M. M. J. (1986). *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago, University of Chicago Press.
- Maxwell, J. A. (2004). «Reemergent scientism, postmodernism, and dialogue across differences», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 35-41.
- Monaco, J. (1981). *How to Read a Film: The Art, Technology, Language, History and Theory of Film*, Nueva York, Oxford University Press, edición revisada.
- Nelson, C., Treichler, P. A. y Grossberg, L. (1992). «Cultural studies: An introduction», en L. Grossberg, C. Nelson y P. A. Treichler (comps.), *Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, págs. 1-16.
- Ortner, S. B. (1997). «Introduction», en S.B. Ortner (comp.), *The Fate of «Culture»: Geertz and Beyond, Representations*, 59 (número especial), págs. 1-13.

- Pelias, R. J. (2004). *A Methodology of the Heart: Evoking Academic and Daily Life*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Plath, D. W. (1990). «Fieldnotes, filed notes, and the conferring of note», en R. Sanjek (comp.), *Fieldnotes: The Makings of Anthropology*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, págs. 371-384.
- Popkewitz, T. S. (2004). «Is the National Research Council committee's report on scientific research in education scientific? On trusting the manifesto», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 62-78.
- Richardson, L. (1997). *Fields of Play: Constructing an Academic Life*, Nuevo Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Richardson, L. (2000). «Writing: A method of inquiry», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 923-948.
- Richardson, L. y Lockridge, E. (2004). *Travels with Ernest: Crossing the Literary/Sociological Divide*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Roffman, P. y Purdy, J. (1981). *The Hollywood Social Problem Film*, Bloomington, Indiana University Press.
- Ronai, C. R. (1998). «Sketching with Derrida: An ethnography of a researcher/erotic dancer», *Qualitative Inquiry*, 4, págs. 405-420.
- Rosaldo, R. (1989). *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*, Boston, Beacon.
- Ryan, G. W. y Bernard, H. R. (2000). «Data management and analysis methods», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 769-802.
- Ryan, K. E. y Hood, J. K. (2004). «Guarding the castle and opening the gates», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 79-95.
- St. Pierre, E. A. (2004). «Refusing alternatives: A science of contestation», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 130-139.
- Sanjek, R. (1990). «On ethnographic validity» en R. Sanjek (comp.), *Fieldnotes: The Makings of Anthropology*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, págs. 385-418.
- Schwandt, T. A. (1997a). *Qualitative Inquiry: A Dictionary of Terms*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Schwandt, T. A. (1997b). «Textual gymnastics, ethics and Angst», en W. G. Tierney e Y. S. Lincoln (comps.), *Representation and the Text:*

Re-framing the Narrative Voice, Albany, State University of New York Press, págs. 305-311.

- Schwandt, T. A. (2000). «Three epistemological stances for qualitative inquiry: Interpretativism, hermeneutics, and social constructionism», en N. K. Denzin e Y.S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 189-213.
- Seale, C., Gobo, G., Gubrium, J. F. y Silverman, D. (2004). «Introduction: Inside Qualitative Research», en C. Seale, G. Gobo, J. F. Gubrium y D. Silverman, *Qualitative Research Practice*, Londres, Sage, págs. 1-11.
- Semali, L. M. y Kincheloe, J. L. (1999). «Introduction: What is indigenous knowledge and why should we study it?», en L. M. Semali y J. L. Kincheloe (comps.), *What is Indigenous Knowledge? Voices from the Academy*, Nueva York, Falmer, págs. 3-57.
- Silverman, D. (1997). «Towards an aesthetics of research», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method and Practice*, Londres, Sage, págs. 239-253.
- Smith, A. D. (1993). *Fires in the Mirror: Crown Heights, Brooklyn, and Other Identities*, Nueva York, Anchor.
- Smith, J. K. y Deemer, D. K. (2000). «The problem of criteria in the age of relativism», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 877-896.
- Smith, L. T. (1999). *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*, Dunedin (Nueva Zelanda), University of Otago Press.
- Snow, D. y Morrill, C. (1995). «Ironies, puzzles, and contradictions in Denzin and Lincoln's vision of qualitative research», *Journal of Contemporary Ethnography*, 22, págs. 358-362.
- Spindler, G. y Spindler, L. (1992). «Cultural process and ethnography: An anthropological perspective», en M. D. LeCompte, W. L. Millroy y J. Preissle (comps.), *The Handbook of Qualitative Research in Education*, Nueva York, Academic Press, págs. 53-92.
- Stocking, G. W. (h.) (1986). «Anthropology and the science of the irrational: Malinowski's encounter with Freudian psychoanalysis», en G. W. Stocking (h.) (comp.), *Malinowski, Rivers, Benedict and Others: Essays on Culture and Personality*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 13-49.
- Stocking, G. W. (h.) (1989). «The ethnographic sensibility of the 1920s

- and the dualism of the anthropological tradition», en G. W. Stocking (h.) (comp.), *Romantic Motives: Essays on Anthropological Sensibility*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 208-276.
- Stoller, P. y Olkes, C. (1987). *In Sorcery's Shadow: A Memoir of Apprenticeship among the Songhay of Niger*, Chicago, University of Chicago Press.
- Strauss, A. L. y Corbin, J. (1998). *Basics of Qualitative Research: Techniques and Procedures for Developing Grounded Theory*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1998). *Introduction to Qualitative Research Methods: A Guidebook and Resource*, Nueva York, John Wiley, 3ª edición.
- Teddlic, C. y Tashakkori, A. (2003). «Major issues and controversies in the use of mixed methods in the social and behavioral sciences», en A. Tashakkori y C. Teddlie (comps.), *Handbook of Mixed Methods in Social and Behavioral Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 3-50.
- Tierney, W. G. (2000). «Undaunted courage: Life history and the post-modern challenge», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 537-553.
- Trujillo, N. (2004). *In Search of Naunny's Grave: Age, Class, Gender, and Ethnicity in an American Family*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Turner, V. y Bruner, E. (comps.) (1986). *The Anthropology of Experience*. Urbana, University of Illinois Press.
- Van Maanen, J. (1988). *Tales of the Field: On Writing Ethnography*, Urbana, University of Chicago Press.
- Vidich, A. J. y Lyman, S. M. (1994). «Qualitative methods: Their history in sociology and anthropology», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 23-59.
- Vidich, A. J. y Lyman, S. M. (2000). «Qualitative methods: Their history in sociology and anthropology», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 37-84.
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in Society: The Development of Higher Psychological Processes*, (M. Cole, V. John-Steiner, S. Scribner y E.

Souberman, comps.), Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

- Weinstein, D. y Weinstein, M. A. (1991). «Georg Simmel: Sociological flaneur bricoleur», *Theory, Culture & Society*, 8, págs. 151-168.
- Weinstein, M. (2004). «Randomized design and the myth of certain knowledge: Guinea pig narratives and cultural critique», *Qualitative Inquiry*, 10, págs. 246-260.
- West, C. (1989). *The American Evasion of Philosophy: A Genealogy of Pragmatism*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Wolf, M. A. (1992). *A Thrice-Told Tale: Feminism, Postmodernism and Ethnographic Responsibility*, Stanford (California), Stanford University Press.
- Wolcott, H. F. (1990). *Writing up Qualitative Research*, Newbury Park (California), Sage.
- Wolcott, H. F. (1992). «Posturing in qualitative inquiry», en M. D. LeCompte, W. L. Millroy y J. Preissle (comps.), *The Handbook of Qualitative Research in Education*, Nueva York, Academic Press, págs. 3-52.
- Wolcott, H. F. (1995). *The Art of Fieldwork*, Walnut Creek (California), AltaMira.